

Domingo I de Cuaresma (ciclo C)

- **DEL MISAL MENSUAL**
- **BIBLIA DE NAVARRA** (www.bibliadenavarra.blogspot.com)
- **SAN AMBROSIO** (www.iveargentina.org)
- **FRANCISCO – Ángelus 2014 y 2015**
- **BENEDICTO XVI – Ángelus 2010 y Catequesis del 13 de febrero de 2013**
- **DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos**
- **CONGREGACIÓN PARA EL CLERO** (www.clerus.va)
- **RANIERO CANTALAMESSA** (www.cantalamezza.org)
- **FLUVIUM** (www.fluvium.org)
- **PALABRA Y VIDA** (www.palabrayvida.com.ar)
- **BIBLIOTECA ALMUDÍ** (www.almudi.org)
 - **Homilías con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II**
 - **Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva**
 - **Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica**
- **HABLAR CON DIOS** (www.hablarcondios.org)
- **P. Josep LAPLANA OSB Monje de Montserrat (Barcelona, España)** (www.evangelii.net)

DEL MISAL MENSUAL

EL SEÑOR NOS SACÓ CON MANO FUERTE

Dt 26, 4-10; Rm 10,8-13; Lc 4,1-13

La salvación no es una idea esotérica sobre sucesos que tendrían lugar al término de la vida terrena. La salvación no dará comienzo allá en la esfera celestial, sino que comienza desde el ámbito histórico en este mundo, cuando se experimenta la acción liberadora de Dios, que libra a sus fieles de las situaciones inhumanas en que los mantienen sus opresores. El credo histórico de Israel así lo registra en el libro del Deuteronomio. El Señor Jesús no venía a realizar acciones espectaculares para acreditar su autoridad, ese proceder terminaría por desacreditarlo, por anteponer el reconocimiento social al bien de las personas. Jesucristo se negó a realizar la terna de signos que el diablo le proponía, porque sabía además que los signos de poder solamente tenían justificación cuando iban encaminados a mejorar la vida de la gente sencilla, afligida por un sinnúmero de carencias y enfermedades.

En este domingo se celebra el rito de “elección” o “inscripción del nombre” para los catecúmenos que van a ser admitidos a los sacramentos de la Iniciación Cristiana en la Vigilia Pascual. Se emplean las oraciones y las intercesiones propias que aparecen en las pp. 935-936 (975-976).

ANTÍFONA DE ENTRADA Sal 90, 15-16

Me invocará y yo lo escucharé; lo libraré y lo glorificaré; prolongaré los días de su vida.

No se dice Gloria.

ORACIÓN COLECTA

Concédenos, Dios todopoderoso, que por las prácticas anuales de esta celebración cuaresmal, progreseemos en el conocimiento del misterio de Cristo, y traduzcamos su efecto en una conducta irrepachable. Por nuestro Señor Jesucristo...

LITURGIA DE LA PALABRA

PRIMERA LECTURA

Profesión de fe del pueblo escogido.

Del libro del Deuteronomio: 26, 4-10

En aquel tiempo, dijo Moisés al pueblo: “Cuando presentes las primicias de tus cosechas, el sacerdote tomará el cesto de tus manos y lo pondrá ante el altar del Señor, tu Dios. Entonces tú dirás estas palabras ante el Señor, tu Dios:

‘Mi padre fue un arameo errante, que bajó a Egipto y se estableció allí con muy pocas personas; pero luego creció hasta convertirse en una gran nación, potente y numerosa.

Los egipcios nos maltrataron, nos oprimieron y nos impusieron una dura esclavitud. Entonces clamamos al Señor, Dios de nuestros padres, y el Señor escuchó nuestra voz, miró nuestra humillación, nuestros trabajos y nuestra angustia. El Señor nos sacó de Egipto con mano poderosa y brazo protector, con un terror muy grande, entre señales y portentos; nos trajo a este país y nos dio esta tierra, que mana leche y miel. Por eso ahora yo traigo aquí las primicias de la tierra que tú, Señor, me has dado’.

Una vez que hayas dejado tus primicias ante el Señor, te postrarás ante él para adorarlo”. **Palabra de Dios. Te alabamos, Señor.**

SALMO RESPONSORIAL

Del salmo 90, 1-2. 10-11. 12-13. 14-15

R/. Tú eres mi Dios y en ti confío.

Tú, que vives al amparo del Altísimo y descansas a la sombra del Todopoderoso, dile al Señor: “Tú eres mi refugio y fortaleza; tú eres mi Dios y en ti confío”. **R/.**

No te sucederá desgracia alguna, ninguna calamidad caerá sobre tu casa, pues el Señor ha dado a sus ángeles la orden de protegerte a donde quiera que vayas. **R/.**

Los ángeles de Dios te llevarán en brazos, para que no te tropieces con las piedras, podrás pisar los escorpiones y las víboras y dominar las fieras. **R/.**

“Puesto que tú me conoces y me amas, dice el Señor, yo te libraré y te pondré a salvo. Cuando tú me invoques, yo te escucharé, y en tus angustias estaré contigo, te libraré de ellas y te colmaré de honores”. **R/.**

SEGUNDA LECTURA

Profesión de fe del que cree en Jesucristo.

De la carta del apóstol san Pablo a los romanos: 10, 8-13

Hermanos: La Escritura afirma: *Muy a tu alcance, en tu boca y en tu corazón, se encuentra la salvación*, esto es, el asunto de la fe que predicamos. Porque basta que cada uno declare con su boca que Jesús es el Señor y que crea en su corazón que Dios lo resucitó de entre los muertos, para que pueda salvarse.

En efecto, hay que creer con el corazón para alcanzar la santidad y declarar con la boca para alcanzar la salvación. Por eso dice la Escritura: *Ninguno que crea en él quedará defraudado*, porque no existe diferencia entre judío y no judío, ya que uno mismo es el Señor de todos, espléndido con todos los que lo invocan, pues *todo el que invoque al Señor como a su Dios, será salvado por él*. **Palabra de Dios. Te alabamos, Señor.**

ACLAMACIÓN ANTES DEL EVANGELIO Mt 4, 4

R/. Honor y gloria a ti, Señor Jesús.

No sólo de pan vive el hombre, sino también de toda palabra que sale de la boca de Dios. R/.

EVANGELIO

El Espíritu llevó a Jesús al desierto; ahí lo tentó el demonio.

Del santo Evangelio según san Lucas: 4, 1-13

En aquel tiempo, Jesús, lleno del Espíritu Santo, regresó del Jordán y conducido por el mismo Espíritu, se internó en el desierto, donde permaneció durante cuarenta días y fue tentado por el demonio.

No comió nada en aquellos días, y cuando se completaron, sintió hambre. Entonces el diablo le dijo: “Si eres el Hijo de Dios, dile a esta piedra que se convierta en pan”. Jesús le contestó: “Está escrito: No sólo de pan vive el hombre”.

Después lo llevó el diablo a un monte elevado y en un instante le hizo ver todos los reinos de la tierra y le dijo: “A mí me ha sido entregado todo el poder y la gloria de estos reinos, y yo los doy a quien quiero. Todo esto será tuyo, si te arrodillas y me adoras”. Jesús le respondió: “Está escrito: Adorarás al Señor, tu Dios, y a él sólo servirás”.

Entonces lo llevó a Jerusalén, lo puso en la parte más alta del templo y le dijo: “Si eres el Hijo de Dios, arrójate desde aquí, porque está escrito: Los ángeles del Señor tienen órdenes de cuidarte y de sostenerte en sus manos, para que tus pies no tropiecen con las piedras”. Pero Jesús le respondió: “También está escrito: No tentarás al Señor, tu Dios”. Concluidas las tentaciones, el diablo se retiró de él, hasta que llegara la hora. **Palabra del Señor. Gloria a ti, Señor Jesús.**

Credo

PLEGARIA UNIVERSAL

Intercedamos, amados hermanos, ante la divina clemencia, implorando la misericordia divina en favor de todos los hombres y suplicando el perdón para cuantos hemos pecado: (R/. Escúchanos, Señor)

Para que, en este tiempo de Cuaresma, Dios conceda a todos los fieles la fuerza necesaria para luchar contra el mal, convertirse de su mala conducta y retornar al camino del bien, roguemos al Señor.

Para que quienes abundan en bienes de la tierra sepan moderar el uso de sus propias riquezas en provecho de los necesitados y no vivan absortos en los bienes de este mundo, roguemos al Señor.

Para que quienes se han alejado de la Iglesia causa de nuestros escándalos o de nuestra tibieza se reincorporen a la familia de Dios, y a nosotros el Señor nos perdone el pecado de escándalo, roguemos al Señor.

Para que nuestros corazones lleguen a ser, por medio de la penitencia cuaresmal, aquella tierra fecunda en la que la Palabra de Dios produce fruto del ciento por uno, roguemos al Señor.

Escucha, Señor, la voz de tu Iglesia que, desde el desierto del mundo, te invoca, extiende sobre nosotros tu mano misericordiosa y haz que, por medio de la penitencia, la austeridad y la acción, vencamos las tentaciones del Maligno. Por Jesucristo, nuestro Señor.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Te pedimos, Señor, que nos hagas dignos de estos dones que vamos a ofrecerte, ya que con ellos celebramos el inicio de este venerable misterio. Por Jesucristo, nuestro Señor.

PREFACIO

Las tentaciones del Señor.

En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno, por Cristo, Señor nuestro.

Porque El mismo, al abstenerse durante cuarenta días de tomar alimento, consagró la práctica de nuestra penitencia cuaresmal y, al rechazar las tentaciones del enemigo, nos enseñó a superar la seducción del pecado, para que, después de celebrar con espíritu renovado el misterio pascual, pasemos finalmente a la Pascua eterna.

Por eso, con los coros de los ángeles y santos, te cantamos el himno de alabanza, diciendo sin cesar: Santo, Santo, Santo...

ANTÍFONA DE LA COMUNIÓN Sal 90, 4

El Señor te cubrirá con sus plumas y bajos sus alas encontrarás refugio.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Alimentados, Señor, de este pan celestial que nutre la fe, hace crecer la esperanza y fortalece la caridad, te suplicamos la gracia de aprender a sentir hambre de aquel que es el pan vivo y verdadero, y a vivir de toda palabra que procede de su boca. Por Jesucristo, nuestro Señor.

ORACIÓN SOBRE EL PUEBLO

Derrama sobre tu pueblo, Señor, la abundancia de tu bendición para que su esperanza crezca en la adversidad, su virtud se fortalezca en la tentación, y alcance la redención eterna. Por Jesucristo, nuestro Señor.

UNA REFLEXIÓN PARA NUESTRO TIEMPO.- Quien repite los estereotipos consabidos de que la religión aliena a los creyentes o que los creyentes se comportan “como borregos”, además de que está haciendo una generalización indebida, resulta hartamente anacrónica. Basta con revisar el listado de los centros de atención a los migrantes, o los centros de atención a los niños y ancianos desvalidos, o más aún, las instituciones defensoras de los derechos humanos existentes en México, para darse cuenta de la significativa cantidad de centros nacidos desde la inspiración cristiana. Ese solo dato desmiente el prejuicio arriba citado y nos recuerda –a los cristianos puramente nominales– que la vocación cristiana se autentifica en el discipulado, la evangelización y la práctica desinteresada de la caridad cristiana. Las numerosas situaciones de necesidad presentes en nuestras comunidades son

una oportunidad que nos permitirá vivir agradecidos con Dios y con los hermanos, por haber sido salvados de la muerte y el egoísmo.

BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)

El “credo histórico” de Israel (Dt 26,4-10)

1ª lectura

El Código Deuteronomico, que se había iniciado con la ley del Santuario único (cfr cap. 12), recoge en su parte final las oraciones que con motivo de la ofrenda de las primicias debían recitarse en dicho Santuario.

El ofrecimiento de las primicias de la tierra era un modo adecuado de manifestar el agradecimiento de Israel por las hazañas de Dios —*magnalia Dei*—, por los prodigios con que los había librado de la esclavitud de Egipto y establecido en la tierra prometida.

La oración que se recita en esos momentos (vv. 5-9) constituye una especie de «Credo» histórico-teológico del israelita, de singular importancia, que encierra los rasgos fundamentales de la fe del Antiguo Testamento. Es un resumen de la historia de Israel, centrado en la liberación de Egipto y en su establecimiento en la tierra prometida. Ambas acciones salvíficas constituyen un paradigma: son los quicios sobre los que gira este «credo» expresados en los vv. 8 y 9. Otros pasajes del Antiguo Testamento con semejantes «profesiones de fe» se encuentran en Dt 6,20-23; Jos 24,1-13; Ne 9,4ss.; Jr 32,16-25 y Sal 136.

Jacob es presentado como personaje clave de los orígenes del pueblo de Israel; personifica la era patriarcal. Al señalarle, no por su nombre, sino como un «arameo errante» (v. 5), se estaría poniendo de relieve el contraste entre la miserable situación anterior y el asentamiento en la tierra prometida. Jacob podía ser llamado arameo porque los orígenes de Abrahán pueden ser conectados con las inmigraciones de tribus arameas. En relación con ese origen hay que considerar los largos años de Jacob pasados en Aram-Naharaim, al noroeste de Mesopotamia, y sus mujeres arameas (Gn 29-30). La oración de la ofrenda de las primicias resalta el contraste entre la pobreza del arameo sin patria y sin tierra y la prosperidad del agricultor-ganadero rico, con una «buena tierra» dada por Dios, así como el disfrute de la libertad.

La fe en el corazón (Rm 10,8-13)

2ª lectura

Este texto muestra que es necesario aceptar internamente la divinidad de Jesucristo, y profesarla verbalmente. Se señala así la necesidad de la confesión o «profesión de la fe», como es práctica general de la Iglesia desde los comienzos hasta hoy. El título de «Señor» (hebreo *Adonai*), nombre con que los judíos, a partir del s. III a.C., suelen sustituir el de Yhwh (que no se pronunciaba por respeto), se aplica aquí a Jesucristo, expresando así su divinidad. El sujeto del verbo «confesar» en segunda persona, en el v. 9, no hace distinción entre judío o griego (cfr v. 12). Se cumple así lo profetizado por Joel (v. 13).

Las tentaciones de Jesús (Lc 4,1-13)

Evangelio

En el inicio de su misión salvadora, el Señor ayuna (vv. 2-3) y sufre las tentaciones de Satanás. Los tres evangelios sinópticos recuerdan que el episodio tiene lugar en el «desierto» (v. 1).

Con esa palabra (cfr 3,2) se designa probablemente la depresión que hay junto al Jordán, al norte del Mar Muerto. Sin embargo, también tiene un sentido teológico: en el desierto fueron tentados, y vencidos, Moisés e Israel; en el desierto es tentado Jesús, que vence donde otros cayeron: el diablo quiere apartar a Jesús de su misión, pero Jesús le vence. Ya que en el tercer evangelio la genealogía del Señor llega hasta Adán, la tradición cristiana vio en este relato una victoria de Jesús como antitipo de Adán; donde Adán fue vencido, Jesús venció, inaugurando así la nueva humanidad: «Es conveniente recordar cómo el primer Adán fue expulsado del paraíso al desierto, para que adviertas cómo el segundo Adán viene del desierto al paraíso. Ves cómo sus daños se reparan siguiendo sus encadenamientos y cómo los beneficios divinos se renuevan tomando sus propias trazas» (S. Ambrosio, *Expositio Evangelii secundum Lucam, ad loc.*).

En la primera tentación (vv. 3-4), el evangelista narra cómo el diablo pone a prueba la filiación divina de Jesús que Dios Padre acaba de proclamar (cfr 3, 22); en la segunda (vv. 5-8), le ofrece el reinado de este mundo a cambio de un homenaje a Satán; en la tercera (vv. 9-12), situado en el pináculo del Templo de Jerusalén, el diablo le propone escapar de la muerte ostentosamente en virtud de ser Hijo de Dios. Esta narración es muy semejante a la de San Mateo aunque se diferencia en el orden de las tentaciones: la segunda de Mateo viene como la tercera en Lucas, y viceversa. Como el orden de San Mateo coincide con el de las tentaciones de Israel en el libro del Éxodo (cfr nota a Mt 4,1-11), y en el *Evangelio de San Lucas*, Jerusalén y, más en concreto, el Templo tienen gran relieve —allí concluyen el *Evangelio de la infancia*, y el evangelio entero—, se suele pensar que San Lucas ha acomodado aquí el orden para destacar la Ciudad Santa: en Jerusalén se consuma nuestra salvación, y también la victoria de Jesús sobre «toda» tentación (v. 13): «No diría la Sagrada Escritura que acabada toda tentación se retiró el diablo de Él, si en las tres no se hallase la materia de todos los pecados. Porque la causa de las tentaciones son las causas de las concupiscencias: el deleite de la carne, el afán de gloria y la ambición de poder» (Sto. Tomás de Aquino, *Summa theologiae* 3,41,4 ad 4).

Jesús vence ahora al diablo, y el texto dice que éste esperó al «momento oportuno» (v. 13). Se refiere, sin duda, a la pasión y muerte del Señor. En el comienzo del relato de la pasión, San Lucas dice que «entró Satanás en Judas» (22,3), y a partir de ahí se desencadenan los acontecimientos (cfr nota a 22,1-6). Pero también entonces vencerá Jesús: con su aceptación filial del designio del Padre, liberará a los hombres de quien tenía el poder de la muerte, es decir, el diablo (cfr Hb 2,14). A diferencia de Mateo y Marcos, San Lucas no recuerda que los ángeles sirvieron al Señor al acabar las tentaciones; en cambio, sí menciona el consuelo de un ángel en la agonía de Getsemaní (22,43): «El Maestro quiso ser tentado en todas las cosas en las cuales lo somos nosotros, como quiso morir porque nosotros morimos; como quiso resucitar, porque también habíamos de resucitar» (S. Agustín, *Enarrationes in Psalmos* 90,2,1).

El pasaje nos enseña también que las armas para vencer las tentaciones son la oración, el ayuno, no dialogar con la tentación, tener en los labios las palabras de Dios en la Escritura y poner la confianza en el Señor.

SAN AMBROSIO (www.iveargentina.org)

En Cristo fuimos todos tentados, y en Cristo todos hemos triunfado

Jesús, pues, lleno del Espíritu Santo, es conducido al desierto intencionadamente, con el fin de provocar al diablo misteriosamente —pues si éste no hubiera combatido, el Señor no hubiera vencido por mí—, para librar a este Adán del destierro; como prueba y demostración de que el diablo

tiene envidia de los que se esfuerzan en ser mejores, y por eso se ha de ser precavidos, no sea que la flaqueza del alma traicione la gracia del misterio.

Cuarenta días: reconoce que se trata de un número misterioso. Como lo recuerdas, es el número de días en los cuales se derramaron las aguas de los abismos, que fue santificado por el ayuno de otros tantos días del profeta en favor de un cielo sereno (1 Reg 19,8); por un ayuno de igual número de días mereció Moisés recibir la Ley; es el número de años en que nuestros padres, viviendo en el desierto, obtuvieron el pan de los ángeles y el beneficio de una comida celeste, y hasta que no se cumplió el tiempo señalado por este número misterioso no merecieron entrar en la tierra prometida; no es extraño que, después de esos días del ayuno del Señor, se nos manifieste a nosotros la entrada del Evangelio. Luego, si alguno desea alcanzar la gloria del Evangelio y el fruto de la resurrección, no debe sustraerse a este ayuno misterioso, que Moisés en la Ley y Cristo en el Evangelio nos muestran, por la autoridad de los dos Testamentos, ser la prueba auténtica de la virtud.

Más ¿con qué fin ha escrito el evangelista que el Señor tuvo hambre, siendo así que en el ayuno de Moisés y de Elías no encontramos ninguna indicación en este sentido? ¿Es que la paciencia de los hombres sería más valerosa que la de Dios? Más Aquel que no ha podido tener hambre durante cuarenta días ha mostrado que Él tenía hambre, no de la comida corporal, sino de salvación, al mismo tiempo que acosaba al adversario ya temeroso, al cual el ayuno de cuarenta días lo había herido. De este modo, el hambre del Señor es una piadosa trampa: el diablo, temiendo en El una superioridad, estaba precavido: engañado a la vista de su hambre, va a tentarle como a un hombre, para que no se impidiese el triunfo. Aprende al mismo tiempo este misterio: es obra del Espíritu Santo, juicio de Dios, que Cristo sea expuesto al diablo para ser tentado.

Y el diablo le dijo: Si tú eres el Hijo de Dios, di a esta piedra que se convierta en pan.

Conocemos que existen tres dardos principales con los cuales el diablo acostumbra a armarse para herir al alma humana: uno la gula, otro la vanidad y el tercero la ambición. Por eso él comienza, por donde ya venció: Por eso comienzo a vencer en Cristo por donde yo he sido vencido en Adán, ya que Cristo, imagen del Padre, es mi modelo de virtud. Aprendamos, pues, nosotros a guardarnos de la gula, de la sensualidad, pues es un dardo del diablo. El lazo se tiende cuando se adereza la mesa de un festín real, que con frecuencia hace aflojar la constancia del alma. Pues no sólo cuando oímos las palabras del diablo, sino también cuando vemos sus riquezas, debemos evitar su lazo. Has reconocido el dardo del diablo; toma el escudo de la fe (Eph 6, 16) y la coraza de la abstinencia.

Mas ¿qué significa esta entrada en materia: *Si tú eres el Hijo de Dios*, sino que él sabía que el Hijo de Dios había de venir? Pero no pensaba que hubiese venido en la debilidad de este cuerpo. Por una parte sondea, por otra tienta; alardea de creer en Dios y se esfuerza por engañar al hombre.

Pero observa las armas de Cristo, gracias a las cuales El ha triunfado por ti, no por El. Pues ha mostrado que su poder podría cambiar las piedras en pan, cuando ha transformado otra naturaleza; más te enseña que no hay que obrar al arbitrio del diablo, ni siquiera para mostrar tu fuerza. Aprende al mismo tiempo, en esta misma tentación, la artificiosa habilidad del diablo: tienta para sondear, y sondea para tentar. A su vez, el Señor le burla para vencerle, y le vence para burlarle. Pues, si transformase la naturaleza, traicionaría al Creador. Por eso le da una respuesta evasiva al decir: *Está escrito que el hombre no sólo vive de pan sino de toda palabra de Dios.*

Ves qué clase de armas emplea para defender al hombre contra los asaltos del espíritu perverso fortificándole y guarneciéndole contra las tentaciones de la gula. No usa, como Dios, de su poder — ¿para qué me aprovecharía?—, más, como hombre, se busca una ayuda común, para que, ocupado en alimentarse de la lectura divina hasta olvidar el hambre corporal, adquiera el alimento de

la palabra celestial. Ocupado de esta forma, Moisés no ha deseado el pan; ocupado de esta forma, Elías no ha sentido el hambre de un ayuno prolongado. Pues no es posible a quien sigue al Verbo desear el pan de la tierra, cuando ha recibido la sustancia del pan del cielo —sin duda alguna es preferible a lo humano lo divino, a lo corporal lo espiritual—; por eso, el que desea la vida verdadera espera este pan, que, por su sustancia invisible, *robustece el corazón de los hombres* (Ps 103, 15). Al mismo tiempo, cuando dice: *El hombre no vive solamente de pan*, muestra que es el hombre el que ha sido tentado, es decir, el que ha pagado por nosotros, y no ni divinidad.

Viene en seguida la flecha de la vanidad, en la cual se cae fácilmente, porque, deseando los hombres hacer alardes de su virtud, abandonan su puesto, el lugar de sus méritos. Y *le condujo*, se dice, a *Jerusalén, y lo colocó sobre el pináculo del templo*.

Tal es el efecto de la vanidad: cuando cree uno elevarse más alto, el deseo de hacer acciones brillantes lo precipita a los abismos.

Y él le dijo: Si eres el Hijo de Dios, échate de aquí abajo. ¡Palabra verdaderamente diabólica, que se esfuerza por precipitar al alma humana del lugar donde la han elevado sus méritos!, pues, ¿hay cosa más propia del diablo que aconsejar echarse abajo?

Aprende también aquí a vencer al diablo. El Espíritu te guía, sigue al Espíritu. No te dejes llevar por los atractivos de la carne; lleno del Espíritu, aprende a despreciar los placeres; ayuna si quieres vencer. Es normal que el diablo piense tentarte por un hombre; Cristo, siendo más fuerte, es tentado de frente, tú por un hombre. Es la palabra del diablo cuando un hombre te dice: “Eres fuerte: come y bebe, y permanecerás el mismo.” No te fies de ti mismo; no te avergüences de tener necesidad de auxilios que Cristo no necesitó y, sin embargo, no descuidó, a fin de enseñarte por estas palabras: *Guardaos, no sea que se apeguen vuestros corazones con la glotonería y la borrachera* (Lc 21, 34). No se avergonzó Pablo, que dijo: *Yo, pues, así corro, no como a la ventura; así lucho en el pugilato, no como quien da en el aire, sino que abofeteo mi cuerpo y lo reduzco a la esclavitud, no sea que, después de pregonar el premio para otros, quede yo descalificado* (1 Cor 9,26-27).

Al mismo tiempo muestra el diablo su debilidad y su malicia, pues no puede dañar sino a quien se precipita a sí mismo. Quien renuncia al cielo para escoger la tierra, deliberadamente hace caer su vida en una especie de precipicio. En este momento, al ver el diablo su dardo embotado, que había sometido a todos los hombres a su poder, comenzó a pensar que allí había algo más que un hombre. Pero una vez más el Señor piensa que no debe obrar al arbitrio del diablo lo que de El mismo había sido profetizado, pero sale al paso de sus artificios con la autoridad de la propia divinidad; de modo que el que alegaba ejemplos de la Escritura sería vencido por la misma Escritura. Pues Dios tiene el poder de vencer, más la Escritura triunfa por mí “.

Aprende aquí también que Satanás se transfigura en ángel de luz (2 Cor 11,14) y con frecuencia se sirve de las Escrituras divinas para tender lazos a los fieles. De este modo, él hace los herejes, debilita la fe y ataca los derechos de la piedad. No seas seducido por el hereje, porque pueda tomar algunos argumentos de la Escritura; y que no se vanaglorie de que parece docto. También el diablo usa testimonios de las Escrituras, no para enseñar, sino para envolver y engañar. Ha reconocido que uno se aplica a la religión, que es honrado por sus virtudes, poderoso en milagros y en obras: le tiende el lazo de la vanidad para inflar a este hombre con el orgullo, de suerte que no se confíe en la piedad, sino en su vanidad, y en lugar de atribuir a Dios el bien, se da a sí el honor. Por eso los apóstoles imperaban a los demonios, no en su nombre, sino en el de Cristo, para que no pareciera que se atribuían alguna cosa. De este modo Pedro cura al paralítico, diciendo: *En el nombre de Jesús de Nazaret, levántate y anda* (Act 3,6). Aprende también de Pablo a huir de la vanidad: Y sé

de tal hombre —si en el cuerpo o si separadamente del cuerpo, no lo sé; Dios lo sabe— que fue arrebatado al paraíso, y oyó palabras inefables que no es concedido al hombre hablar. Por lo que toca a este tal, me gloriaré; mas lo que toca a mí mismo, no me gloriaré sino en las flaquezas (2 Cor 12,3-5).

Una vez más el diablo, habiendo reconocido a un fuerte, pone en juego la vanidad, que engaña aun a los fuertes; más el Señor le responde: *No tentarás al Señor tu Dios*. Por donde puedes conocer que Cristo es Señor y Dios, y que el Padre y el Hijo no son sino un solo poder, según está escrito: *El Padre yo somos uno* (Io 10,30). Y por eso, si el diablo se acerca a este uno”, exponle que está escrito: “Yo y mi Padre somos uno”, y resalta el “uno” de modo que no dividas el poder; y resalta el “uno” sin separar el Padre y el Hijo”.

Y el diablo le condujo todavía a una montaña muy elevada, y le mostró todos los reinos del universo en el espacio de un instante.

Rectamente en el espacio de un instante son mostradas las cosas del siglo y de la tierra; pues no indica tanto la rapidez de la visión cuanto la fragilidad de un poder caduco: todo pasa en un instante, y, con frecuencia, los honores del mundo se van antes de que lleguen. ¿Qué puede haber en el siglo de larga duración, cuando los mismos siglos no duran largamente? Esto nos enseña a despreciar el soplo de una vana ambición, atendido que toda dignidad secular está sujeta al poder del diablo “; frágil para quien la usa y vana para el fruto.

Mas ¿cómo es que aquí da el poder el diablo, cuando lees en otro lugar que *todo poder viene de Dios?* (Rom 13,1). ¿Es que se puede servir a dos señores y de los dos recibir el poder? ¿No hay aquí una contradicción? De ninguna manera. Más ve que todo viene de Dios. Pues sin Dios no hay mundo, ya que *el mundo ha sido hecho por El* (Jn 1,10); pero, aunque hecho por Dios, sus obras son malas, pues el mundo todo está bajo el maligno (1 Jn 5,19); la ordenación del mundo es de Dios, las obras del mundo son del malo. De este modo, la institución de los poderes viene de Dios; la ambición del poder, del maligno. Así también, *no hay poder, dice, que no venga de Dios; aquellos que existen han sido instituidos por Dios: no dados, sino instituidos; y el que resiste al poder, dice, resiste a la institución, de Dios* (Rom 13,1). Igualmente, aunque el diablo diga que da el poder, no rechaza que todo le ha sido dejado por un tiempo solamente. El que lo ha dejado, lo ha ordenado, y el poder no es malo, sino el que usa mal del poder. También, *¿quieres vivir sin temor a la autoridad? Haz el bien y tendrás su aprobación* (Rom 13,3). No es malo el poder, sino la ambición. Por lo demás, la institución de la autoridad viene de tal forma de Dios, que el que usa bien de ella se convierte en ministro de Dios: *Es ministro de Dios para el bien* (Rom 13,4). No hay, pues, culpa alguna en el ministerio, sino en el ministro; no puede desagradar la institución divina, sino el que la administra. Si, pasando del cielo a la tierra, por poner un ejemplo, un emperador da honores y recibe la gloria: si alguno usa mal esos honores, no tiene culpa de ello el emperador, sino el juez; cada crimen tiene su reo, y esto no es debido a la autoridad que tiene, sino al servicio que ha hecho de ella.

¿Qué diremos, pues? ¿Es bueno usar de la autoridad, buscar honores? Es bueno recibirlos, no arrebatarlos. Hay que distinguir también este mismo bien: uno es el buen uso según el mundo, y otro el uso perfectamente virtuoso; pues el bien es que el deseo de conocer la divinidad no sea impedido por ninguna ocupación. Es cierto que hay muchos bienes, pero una sola es la vida eterna: *Esta es la vida eterna, que te conozcan a ti, único Dios verdadero, y a tu enviado Jesucristo* (Jn 17,3). También porque la vida eterna es el mayor fruto y sólo Dios es el remunerador de la vida eterna. Adoremos, por lo mismo, a solo Dios, y sólo a El sirvamos, a fin de que El solo nos dé en recompensa el fruto más abundante; huyamos de todo lo que está cometido al poder del diablo, porque, como perverso tirano, ejerce cruelmente el poder que ha recibido sobre los que encuentra en su reino.

La autoridad no viene del diablo, pero está expuesta a las insidias del diablo. No se sigue, por lo mismo, que la institución de la autoridad sea mala, porque esté expuesta al mal; es buena cosa buscar a Dios, pero en esa búsqueda puede uno desviarse y errar: si el que busca se inclina hacia el sacrilegio por una interpretación tortuosa, tiene peores resultados para él la búsqueda que si no la hiciese. Sin embargo, no está la falta en la búsqueda, sino en el buscador, y no es la búsqueda la que expone al mal, sino las disposiciones del buscador. Luego, si el que busca a Dios frecuentemente se halla tentado por la flaqueza de la carne y la limitación de la inteligencia, ¿cuánto más estará expuesto a esto el que busca al mundo? El gran daño de la ambición es que se hace menesterosa para alcanzar dignidades; con frecuencia, aquellos a quienes ningún vicio ha podido vencer, ni siquiera la lujuria o la avaricia, los ha hecho criminales la ambición. Procura el favor de los de fuera, el peligro de los de dentro, y, para dominar a los demás, comienza por ser esclavo; prodiga las reverencias para recibir los honores y, queriendo estar en la cumbre, se humilla; porque en el poder lo que cuenta es ahuyentar; se hace la ley a las leyes, se hace uno a sí mismo esclavo.

Se dirá tal vez que sólo el que ha hecho el mal es el que teme. Sin embargo, el que navega teme naufragar, y, por el contrario, cuando está en tierra firme, no tiene tal temor; mas, si se embarca sobre el elemento movible, se expone a peligros más frecuentes. Huye, pues, del mar del mundo y no temerás el naufragio. Aunque a veces la copa de los árboles es sacudida fuertemente por el vendaval, sin embargo, no caen al suelo por la solidez de sus raíces; más cuando el viento huracanado sopla en el mar, si no todos naufragan, todos al menos están en peligro. Del mismo modo, contra el viento de los espíritus perversos nadie está firmemente asegurado en la arena (Mt 7,27) o en el mar, y “el viento solano hace pedazos las naves de Tarsis” (Ps 47,8). Esto en orden al sentido moral.

(Tratado sobre el Evangelio de San Lucas (I) n° 14-32, BAC, Madrid, 1966, pp. 195-204)

FRANCISCO – Ángelus 2014 y 2015

2014

A la hora de la tentación no dialogar con Satanás

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

El Evangelio del primer domingo de Cuaresma presenta cada año el episodio de las tentaciones de Jesús, cuando el Espíritu Santo, que descendió sobre Él después del bautismo en el Jordán, lo llevó a afrontar abiertamente a Satanás en el desierto, durante cuarenta días, antes de iniciar su misión pública.

El tentador busca apartar a Jesús del proyecto del Padre, o sea, de la senda del sacrificio, del amor que se ofrece a sí mismo en expiación, para hacerle seguir un camino fácil, de éxito y de poder. El duelo entre Jesús y Satanás tiene lugar a golpes de citas de la Sagrada Escritura. El diablo, en efecto, para apartar a Jesús del camino de la cruz, le hace presente las falsas esperanzas mesiánicas: el bienestar económico, indicado por la posibilidad de convertir las piedras en pan; el estilo espectacular y milagrero, con la idea de tirarse desde el punto más alto del templo de Jerusalén y hacer que los ángeles le salven; y, por último, el atajo del poder y del dominio, a cambio de un acto de adoración a Satanás. Son los tres grupos de tentaciones: también nosotros los conocemos bien.

Jesús rechaza decididamente todas estas tentaciones y ratifica la firme voluntad de seguir la senda establecida por el Padre, sin compromiso alguno con el pecado y con la lógica del mundo. Mirad bien cómo responde Jesús. Él no dialoga con Satanás, como había hecho Eva en el paraíso terrenal. Jesús sabe bien que con Satanás no se puede dialogar, porque es muy astuto. Por ello, Jesús,

en lugar de dialogar como había hecho Eva, elige refugiarse en la Palabra de Dios y responde con la fuerza de esta Palabra. Acordémonos de esto: en el momento de la tentación, de nuestras tentaciones, nada de diálogo con Satanás, sino siempre defendidos por la Palabra de Dios. Y esto nos salvará. En sus respuestas a Satanás, el Señor, usando la Palabra de Dios, nos recuerda, ante todo, que «no sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios» (*Mt* 4, 4; cf. *Dt* 8, 3); y esto nos da fuerza, nos sostiene en la lucha contra la mentalidad mundana que abaja al hombre al nivel de las necesidades primarias, haciéndole perder el hambre de lo que es verdadero, bueno y bello, el hambre de Dios y de su amor. Recuerda, además, que «está escrito también: “No tentarás al Señor, tu Dios”» (v. 7), porque el camino de la fe pasa también a través de la oscuridad, la duda, y se alimenta de paciencia y de espera perseverante. Jesús recuerda, por último, que «está escrito: “Al Señor, tu Dios, adorarás y a Él sólo darás culto”» (v. 10); o sea, debemos deshacernos de los ídolos, de las cosas vanas, y construir nuestra vida sobre lo esencial.

Estas palabras de Jesús encontrarán luego confirmación concreta en sus acciones. Su fidelidad absoluta al designio de amor del Padre lo conducirá, después de casi tres años, a la rendición final de cuentas con el «príncipe de este mundo» (*Jn* 16, 11), en la hora de la pasión y de la cruz, y allí Jesús reconducirá su victoria definitiva, la victoria del amor.

Queridos hermanos, el tiempo de Cuaresma es ocasión propicia para todos nosotros de realizar un camino de conversión, confrontándonos sinceramente con esta página del Evangelio. Renovemos las promesas de nuestro Bautismo: renunciemos a Satanás y a todas sus obras y seducciones —porque él es un seductor—, para caminar por las sendas de Dios y llegar a la Pascua en la alegría del Espíritu (cf. *Oración colecta del IV Domingo de Cuaresma*, Año A).

2015

Conocer las Escrituras para saber responder al maligno

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

El miércoles pasado, con el rito de la Ceniza, inició la Cuaresma, y hoy es el primer domingo de este tiempo litúrgico que hace referencia a los cuarenta días que Jesús pasó en el desierto, después del bautismo en el río Jordán. Escribe san Marcos en el Evangelio de hoy: «El Espíritu lo empujó al desierto. Se quedó en el desierto cuarenta días, siendo tentado por Satanás; vivía con las fieras y los ángeles lo servían» (1, 12-13). Con estas escuetas palabras el evangelista describe la prueba que Jesús afrontó voluntariamente, antes de iniciar su misión mesiánica. Es una prueba de la que el Señor sale victorioso y que lo prepara para anunciar el Evangelio del Reino de Dios. Él, en esos cuarenta días de soledad, se enfrentó a Satanás «cuerpo a cuerpo», desenmascaró sus tentaciones y lo venció. Y en Él hemos vencido todos, pero a nosotros nos toca proteger esta victoria en nuestra vida diaria.

La Iglesia nos hace recordar ese misterio al inicio de la Cuaresma, porque nos da la perspectiva y el sentido de este tiempo, que es *un tiempo de combate* —en Cuaresma se debe combatir—, *un tiempo de combate espiritual contra el espíritu del mal* (cf. *Oración colecta del Miércoles de Ceniza*). Y mientras atravesamos el «desierto» cuaresmal, mantengamos la mirada dirigida a la Pascua, que es la victoria definitiva de Jesús contra el Maligno, contra el pecado y contra la muerte. He aquí entonces el significado de este primer domingo de Cuaresma: volver a situarnos decididamente en la senda de Jesús, la senda que conduce a la vida. Mirar a Jesús, lo que hizo Jesús, e ir con Él.

Y este camino de Jesús pasa a través *del desierto*. El desierto es el lugar donde se puede *escuchar la voz de Dios y la voz del tentador*. En el rumor, en la confusión esto no se puede hacer; se oyen sólo las voces superficiales. En cambio, en el desierto podemos bajar en profundidad, donde se juega verdaderamente nuestro destino, la vida o la muerte. ¿Y cómo escuchamos la voz de Dios? La escuchamos en su Palabra. Por eso es importante conocer las Escrituras, porque de otro modo no sabremos responder a las asechanzas del maligno. Y aquí quisiera volver a mi consejo de leer cada día el Evangelio: cada día leer el Evangelio, meditarlo, un poco, diez minutos; y llevarlo incluso siempre con nosotros: en el bolsillo, en la cartera... Pero tener el Evangelio al alcance de la mano. El desierto cuaresmal nos ayuda a decir no a la mundanidad, a los «ídolos», nos ayuda a hacer elecciones valientes conformes al Evangelio y a reforzar la solidaridad con los hermanos.

Entonces entramos en el desierto sin miedo, porque no estamos solos: estamos *con Jesús, con el Padre y con el Espíritu Santo*. Es más, como lo fue para Jesús, es precisamente el Espíritu Santo quien nos guía por el camino cuaresmal, el mismo *Espíritu que descendió sobre Jesús y que recibimos en el Bautismo*. La Cuaresma, por ello, es un tiempo propicio que debe conducirnos a tomar cada vez más conciencia de cuánto el Espíritu Santo, recibido en el Bautismo, obró y puede obrar en nosotros. Y al final del itinerario cuaresmal, en la Vigilia pascual, podremos renovar con mayor conciencia la alianza bautismal y los compromisos que de ella derivan.

Que la Virgen santa, modelo de docilidad al Espíritu, nos ayude a dejarnos conducir por Él, que quiere hacer de cada uno de nosotros una «nueva creatura».

A Ella encomiendo, en especial, esta semana de ejercicios espirituales, que iniciará hoy por la tarde, y en la que participaré juntamente con mis colaboradores de la Curia romana. Rezad para que en este «desierto» que son los ejercicios espirituales podamos escuchar la voz de Jesús y también corregir tantos defectos que todos nosotros tenemos, y hacer frente a las tentaciones que cada día nos atacan. Os pido, por lo tanto, que nos acompañéis con vuestra oración.

BENEDICTO XVI – Ángelus 2010 y Catequesis del 13 de febrero de 2013

Ángelus 2010

La Cuaresma es un tiempo de “combate” espiritual

Queridos hermanos y hermanas:

El miércoles pasado, con el rito penitencial de la Ceniza, comenzamos la Cuaresma, tiempo de renovación espiritual que prepara para la celebración anual de la Pascua. Pero, ¿qué significa entrar en el itinerario cuaresmal? Nos lo explica el Evangelio de este primer domingo, con el relato de las tentaciones de Jesús en el desierto. El evangelista san Lucas narra que Jesús, tras haber recibido el bautismo de Juan, “lleno del Espíritu Santo, volvió del Jordán y, durante cuarenta días, el Espíritu lo fue llevando por el desierto, mientras era tentado por el diablo” (Lc 4, 1-2). Es evidente la insistencia en que las tentaciones no fueron contratiempo, sino la consecuencia de la opción de Jesús de seguir la misión que le encomendó el Padre de vivir plenamente su realidad de Hijo amado, que confía plenamente en él. Cristo vino al mundo para liberarnos del pecado y de la fascinación ambigua de programar nuestra vida prescindiendo de Dios. Él no lo hizo con declaraciones altisonantes, sino luchando en primera persona contra el Tentador, hasta la cruz. Este ejemplo vale para todos: el mundo se mejora comenzando por nosotros mismos, cambiando, con la gracia de Dios, lo que no está bien en nuestra propia vida.

De las tres tentaciones que Satanás plantea a Jesús, la primera tiene su origen en el hambre, es decir, en la necesidad material: “Si eres Hijo de Dios, dile a esta piedra que se convierta en pan”. Pero Jesús responde con la Sagrada Escritura: “No sólo de pan vive el hombre” (*Lc* 4, 3-4; cf. *Dt* 8, 3). Después, el diablo muestra a Jesús todos los reinos de la tierra y dice: todo será tuyo si, postrándote, me adoras. Es el engaño del poder, que Jesús desenmascara y rechaza: “Al Señor, tu Dios adorarás, y a él solo darás culto” (cf. *Lc* 4, 5-8; *Dt* 6, 13). No adorar al poder, sino sólo a Dios, a la verdad, al amor. Por último, el Tentador propone a Jesús que realice un milagro espectacular: que se arroje desde los altos muros del Templo y deje que lo salven los ángeles, para que todos crean en él. Pero Jesús responde que no hay que tentar a Dios (cf. *Dt* 6, 16). No podemos “hacer experimentos” con la respuesta y la manifestación de Dios: debemos creer en él. No debemos hacer de Dios “materia” de “nuestro experimento”.

Citando nuevamente la Sagrada Escritura, Jesús antepone a los criterios humanos el único criterio auténtico: la obediencia, la conformidad con la voluntad de Dios, que es el fundamento de nuestro ser. También esta es una enseñanza fundamental para nosotros: si llevamos en la mente y en el corazón la Palabra de Dios, si entra en nuestra vida, si tenemos confianza en Dios, podemos rechazar todo tipo de engaños del Tentador. Además, de toda la narración surge claramente la imagen de Cristo como nuevo Adán, Hijo de Dios humilde y obediente al Padre, a diferencia de Adán y Eva, que en el jardín del Edén cedieron a las seducciones del espíritu del mal para ser inmortales, sin Dios.

La Cuaresma es como un largo “retiro” durante el que debemos volver a entrar en nosotros mismos y escuchar la voz de Dios para vencer las tentaciones del Maligno y encontrar la verdad de nuestro ser. Podríamos decir que es un tiempo de “combate” espiritual que hay que librar juntamente con Jesús, sin orgullo ni presunción, sino más bien utilizando las armas de la fe, es decir, la oración, la escucha de la Palabra de Dios y la penitencia. De este modo podremos llegar a celebrar verdaderamente la Pascua, dispuestos a renovar las promesas de nuestro Bautismo.

Que la Virgen María nos ayude para que, guiados por el Espíritu Santo, vivamos con alegría y con fruto este tiempo de gracia. Que interceda en particular por mí y por mis colaboradores de la Curia romana, que esta tarde comenzaremos los ejercicios espirituales.

Catequesis del 13 de febrero de 2013

Las tres tentaciones

Queridos hermanos y hermanas:

Hoy, Miércoles de Ceniza, iniciamos el tiempo litúrgico de la Cuaresma, cuarenta días que nos preparan a la celebración de la Santa Pascua; es un tiempo de particular compromiso en nuestro camino espiritual. Al número cuarenta se recurre varias veces en la Sagrada Escritura. En particular, como sabemos, esto nos lleva a los cuarenta años durante los cuales el pueblo de Israel peregrinó por el desierto: un largo periodo de formación para convertirse en pueblo de Dios, pero también un largo periodo en el que la tentación de ser infieles a la alianza con el Señor estaba siempre presente. Cuarenta fueron también los días de camino del profeta Elías para llegar al Monte de Dios, el Horeb; como también el periodo que Jesús pasó en el desierto antes de iniciar su vida pública y donde fue tentado por el demonio. En esta catequesis querría detenerme precisamente en este momento de la vida terrena del Señor, que leeremos en el Evangelio del próximo domingo.

En primer lugar el desierto, donde Jesús se retira, es el lugar del silencio, de la pobreza, donde el hombre es privado de los apoyos materiales y se encuentra de frente a las preguntas fundamentales de la existencia, es empujado a ir al esencial y precisamente por esto es más fácil encontrar a Dios.

Pero el desierto es también el lugar de la muerte, porque donde no hay agua no hay tampoco vida y es un lugar de soledad, en la que el hombre siempre sufre con más intensidad la tentación. Jesús va al desierto y allí se somete a la tentación de dejar la vía indicada por el Padre para seguir los caminos más fáciles y mundanos (cfr Lc 4,1-13). Así Él carga con nuestras tentaciones, lleva consigo nuestra miseria, para vencer al maligno y abrirnos el camino hacia Dios, el camino de la conversión.

Las tres tentaciones

Reflexionar sobre las tentaciones a las que Jesús fue sometido en el desierto es una invitación para cada uno de nosotros a responder a una pregunta fundamental: ¿qué es importante realmente en mi vida? En la primera tentación el diablo propone a Jesús convertir la piedra en pan para saciar el hambre. Jesús rebate que el hombre vive también de pan, pero no sólo: sin una respuesta al hambre de verdad, al hambre de Dios, el hombre no se puede salvar (cfr vv. 3-4).

En la segunda tentación, el demonio propone a Jesús la vía del poder: lo conduce a lo alto y le ofrece el dominio del mundo; pero no es este el camino de Dios: Jesús tiene muy claro que no es el poder mundano el que salva al mundo, sino el poder de la cruz, de la humildad, del amor (cfr vv. 5-8).

En la tercera tentación, el demonio propone a Jesús de tirarse del pináculo del Templo de Jerusalén y que lo salve Dios mediante sus ángeles, de hacer algo sensacional para poner a prueba a Dios mismo; pero la respuesta es que Dios no es un objeto al que imponer nuestras condiciones: es el Señor de todo (cfr vv. 9-12).

¿Cuál es el núcleo de las tres tentaciones que sufrió Jesús? Es la propuesta de instrumentalización de Dios, de usarlo para los propios intereses, para la propia gloria y el propio éxito. Y por lo tanto, en definitiva, de ponerse al en lugar de Dios, sacándolo de la propia existencia y haciéndole parecer superfluo. Cada uno debería preguntarse ahora: ¿qué lugar tiene Dios en mi vida? ¿Es Él el Señor o soy yo?

Superar la tentación de someter Dios a sí y a los propios intereses o de ponerlo en un rincón y convertirse al justo orden de prioridad, dar a Dios el primer puesto, es un camino que cada cristiano tiene que recorrer siempre de nuevo. “Convertirse”, una invitación que escucharemos muchas veces en Cuaresma, significa seguir a Jesús de forma que su Evangelio se guía concreta de la vida; significa dejar que Dios nos transforme, dejar de pensar que somos nosotros los únicos constructores de nuestra existencia; significa reconocer que somos criaturas, que dependemos de Dios, de su amor, y solamente “perdiendo” nuestra vida en Él podemos ganarla.

Esto exige trabajar nuestras elecciones a la luz de la Palabra de Dios. Hoy no se puede ser cristiano como simple consecuencia del hecho de vivir en una sociedad que tiene raíces cristianas: también quien nace de una familia cristiana y es educado religiosamente debe, cada día, renovar la elección de ser cristiano, es decir dar a Dios el primer puesto, frente a las tentaciones que una cultura secularizada le propone continuamente, frente al juicio crítico de muchos contemporáneos.

Las pruebas a las que la sociedad actual pone al cristiano, de hecho, son muchas y tocan la vida personal y social. No es fácil ser fiel al matrimonio cristiano, practicar la misericordia en la vida cotidiana, dejar espacio a la oración y al silencio interior; no es fácil oponerse públicamente a

elecciones que muchos consideran obvias, como el aborto en caso de embarazo no deseado, la eutanasia en caso de enfermedades graves, o la selección de embriones para prevenir enfermedades hereditarias. La tentación de poner la fe a parte está siempre presente y la conversión se convierte en una respuesta a Dios que debe ser confirmada más veces en la vida.

Grandes conversiones, también hoy

Están como ejemplo y estímulo las grandes conversiones como la de san Pablo de camino a Damasco, o de san Agustín, pero también en nuestra época de eclipse del sentido de lo sagrado, la gracia de Dios actúa y obra maravillas en la vida de muchas personas. El Señor no se cansa de llamar a la puerta del hombre en contextos sociales y culturales que parecen tragados por la secularización, como le ha sucedido al ruso ortodoxo Pavel Florenskij. Después de una educación completamente agnóstica, hasta el punto de sentir verdadera hostilidad hacia las enseñanzas religiosas impartidas en la escuela, el científico Florenskij termina exclamando: ¡No, no se puede vivir sin Dios!”, y cambia completamente su vida, para convertirse en sacerdote.

Pienso también en la figura Etty Hillesum, una joven holandesa de origen hebreo que murió en Auschwitz. Inicialmente lejana de Dios, lo descubre mirando profundamente dentro de sí misma y escribe: “Un pozo muy profundo está dentro de mí. Y Dios está en ese pozo. A veces consigo alcanzarlo, más a menudo piedra y arena lo cubre: por tanto Dios está sepultado. Es necesario desenterrarlo de nuevo”. En su vida dispersa e inquieta, encuentra a Dios precisamente en medio de la tragedia del siglo XX, la *Shoah*. Esta joven frágil e insatisfecha, transfigurada por la fe, se transforma en una mujer llena de amor y de paz interior, capaz de afirmar: “Vivo constantemente en intimidad con Dios”.

La capacidad de contrarrestar las marcas ideológicas de su tiempo para elegir la búsqueda de la verdad y abrirse al descubrimiento de la fe lo testimonia también una mujer de nuestro tiempo, la estadounidense Dorothy Day. En su autobiografía, confiesa abiertamente haber caído en la tentación de resolver todo con la política, adhiriéndose a la propuesta marxista. “Quería ir con los manifestantes, ir a la cárcel, escribir, influir en los otros y dejar mi sueño al mundo. ¡Cuánta ambición y cuanta búsqueda de mí misma había en todo esto!”.

El camino hacia la fe en un ambiente así de secularizado era particularmente difícil, pero la Gracia actúa igual, como ella misma subraya: “Es cierto que yo sentía más a menudo la necesidad de ir a la iglesia, a ponerme de rodillas, a inclinar la cabeza en oración. Un instinto ciego, se podría decir, porque no era consciente de orar. Pero iba, me metía en la atmósfera de oración...”. Dios la ha conducido a una consciente unión a la Iglesia, en una vida dedicada a los necesitados.

“Estoy a la puerta y llamo”

En nuestra época no son pocas las conversiones intensas como el retorno de quien, después de una educación cristiana quizá superficial, se ha alejado durante años de la fe y después descubre de nuevo a Cristo y su Evangelio. En el libro del Apocalipsis leemos: «He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo» (3, 20). Nuestro hombre interior debe prepararse para ser visitado por Dios, y precisamente por esto no debe dejarse invadir de la ilusión, de las apariencias, de las cosas materiales.

En este tiempo de Cuaresma, en el Año de fe, renovamos nuestro compromiso en el camino de conversión, para superar la tendencia de cerrarnos en nosotros mismo y para hacer, sin embargo, espacio a Dios, mirando con sus ojos la realidad cotidiana.

La alternativa entre el cerrarnos en nuestro egoísmo y la apertura al amor de Dios y de los otros, podemos decir que corresponde a la alternativa de las tentaciones de Jesús, entre poder humano y amor de la Cruz, entre una redención vista en el único bienestar material y una redención como obra de Dios, al que damos el primado en la existencia. Convertirse significa no cerrarse en la búsqueda del propio éxito, del propio prestigio, de la propia posición, sino hacer que cada día, en las pequeñas cosas, la verdad, la fe en Dios y el amor se conviertan en lo más importante.

DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos

II. LOS DOMINGOS DE CUARESMA

57. Si el Triduo Pascual y los sucesivos cincuenta días son el centro radiante del año litúrgico, la Cuaresma es el tiempo que prepara las mentes y los corazones del pueblo cristiano a la digna celebración de estos días. Es, también, el tiempo de la preparación última de los catecúmenos que serán bautizados en la Vigilia Pascual. Su camino ha de ser acompañado de la fe, la oración y el testimonio de toda la comunidad eclesial. Las lecturas bíblicas del Tiempo de Cuaresma encuentran su sentido más profundo en relación al Misterio Pascual, para el que nos disponen. Ofrecen, por ello, evidentes ocasiones para poner en práctica un principio fundamental presentado en este *Directorio*: llevar las lecturas de la Misa a su centro, que es el Misterio Pascual de Jesús, en el que entramos de modo más profundo mediante la celebración de los Sacramentos pascales. Los *Praenotanda* señalan, para los dos primeros domingos de Cuaresma, el uso tradicional de las narraciones de los Evangelios de la Tentación y de la Transfiguración, hablando de ellos en relación con las otras lecturas: «Las lecturas del Antiguo Testamento se refieren a la Historia de la Salvación, que es uno de los temas propios de la catequesis cuaresmal. Cada año hay una serie de textos que presentan los principales elementos de esta historia, desde el principio hasta la promesa de la nueva alianza. Las lecturas del Apóstol se han escogido de manera que tengan relación con las lecturas del Evangelio y del Antiguo Testamento y haya, en lo posible, una adecuada conexión entre las mismas» (OLM 97).

A. El Evangelio del I domingo de Cuaresma

58. No es difícil para los fieles relacionar los cuarenta días transcurridos por Jesús en el desierto con los días de la Cuaresma. Sería conveniente que el homileta explicitara esta conexión, con el fin de que el pueblo cristiano comprenda cómo la Cuaresma, cada año, hace a los fieles misteriosamente partícipes de estos cuarenta días de Jesús y de lo que él sufrió y obtuvo, mediante el ayuno y el haber sido tentado. Mientras es costumbre para los católicos empeñarse en diversas prácticas penitenciales y de devoción durante este tiempo, es importante subrayar la realidad profundamente *sacramental* de toda la Cuaresma. En la oración colecta del I domingo de Cuaresma aparece, de suyo, esta significativa expresión: «...per annua quadragesimalis exercitia sacramenti». El mismo Cristo está presente y operante en la Iglesia en este tiempo santo, y es su obra purificadora en los miembros de su Cuerpo la que da valor salvífico a nuestras prácticas penitenciales. El prefacio asignado para este domingo afirma maravillosamente esta idea, diciendo: «El cual, al abstenerse durante cuarenta días de tomar alimento, inauguró la práctica de nuestra penitencia cuaresmal...». El lenguaje del prefacio hace de puente entre la Escritura y la Eucaristía.

59. Los cuarenta días de Jesús evocan los cuarenta años de peregrinación de Israel por el desierto; toda la historia de Israel se recrea en él. Por ello aparece como una escena en la que se concentra uno de los mayores temas de este *Directorio*: la historia de Israel, que corresponde con la historia de nuestra vida, encuentra su sentido definitivo en la Pasión sufrida por Jesús. La Pasión se inicia, en un

cierto sentido, en el desierto, al comienzo, metafóricamente hablando, de la vida pública de Jesús. Desde el principio, por tanto, Jesús va al encuentro de la Pasión y aquí encuentra significado todo lo que sigue.

60. Un párrafo del *Catecismo de la Iglesia Católica* puede revelarse útil en la preparación de las homilías, en particular para afrontar temas doctrinales enraizados en el texto bíblico. A propósito de las tentaciones de Jesús, el *Catecismo* afirma: «Los evangelios indican el sentido salvífico de este acontecimiento misterioso. Jesús es el nuevo Adán que permaneció fiel allí donde el primero sucumbió a la tentación. Jesús cumplió perfectamente la vocación de Israel: al contrario de los que anteriormente provocaron a Dios durante cuarenta años por el desierto, Cristo se revela como el Siervo de Dios totalmente obediente a la voluntad divina. En esto Jesús es vencedor del diablo; él ha “atado al hombre fuerte” para despojarle de lo que se había apropiado. La victoria de Jesús en el desierto sobre el Tentador es un anticipo de la victoria de la Pasión, suprema obediencia de su amor filial al Padre» (CEC 539).

61. Las tentaciones a las que Jesús se ve sometido representan la lucha contra una comprensión equivocada de su misión mesiánica. El diablo le impulsa a mostrarse un Mesías que despliega los propios poderes divinos: «Si tú eres Hijo de Dios...» iniciaba el tentador. El que profetiza la lucha decisiva que Jesús tendrá que afrontar en la cruz, cuando oirá las palabras de mofa: «¡Sálvate a ti mismo bajando de la cruz!». Jesús no cede a las tentaciones de Satanás, ni se baja de la cruz. Es exactamente de esta manera como Jesús da prueba de entrar verdaderamente en el desierto de la existencia humana y no usa su poder divino en beneficio propio. Él acompaña verdaderamente nuestra peregrinación terrena y revela el poder real de Dios, el de amarnos «hasta el extremo» (Jn 13,1).

62. El homileta debería subrayar que Jesús está sometido a la tentación y a la muerte por solidaridad con nosotros. Pero la Buena Noticia que el homileta anuncia, no es solo la solidaridad de Jesús con nosotros en el sufrimiento; anuncia, también, la victoria de Jesús sobre la tentación y sobre la muerte, victoria que comparte con todos los que creen en él. La garantía decisiva de que tal victoria sea compartida por todos los creyentes será la celebración de los Sacramentos Pascuales en la Vigilia pascual, hacia la que ya está orientado el primer domingo de Cuaresma. El homileta se mueve en la misma dirección.

63. Jesús ha resistido a la tentación del demonio que le inducía a transformar las piedras en pan, pero, al final y de un modo que la mente humana no habría nunca podido imaginar, con su Resurrección, Él transforma la «piedra» de la muerte en «pan» para nosotros. A través de la muerte, se convierte en el pan de la Eucaristía. El homileta tendría que recordar a la asamblea que se alimenta de este pan celeste, que la victoria de Jesús sobre la tentación y sobre la muerte, compartida por medio del Sacramento, transforma sus «corazones de piedra en corazones de carne», como lo prometido por el Señor mediante el profeta, corazones que se esfuerzan en hacer tangible, en sus vidas cotidianas, el amor misericordioso de Dios. De este modo, la fe cristiana puede transformarse en levadura en un mundo hambriento de Dios, y las piedras serán de verdad transformadas en alimento que llene el vivo deseo del corazón humano.

CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

La tentación de Jesús

394. La Escritura atestigua la influencia nefasta de aquel a quien Jesús llama “homicida desde el principio” (Jn 8,44) y que incluso intentó apartarlo de la misión recibida del Padre (cf. Mt 4,1-11). “El Hijo de Dios se manifestó para deshacer las obras del diablo” (1 Jn 3,8). La más grave en

consecuencias de estas obras ha sido la seducción mentirosa que ha inducido al hombre a desobedecer a Dios.

538. Los Evangelios hablan de un tiempo de soledad de Jesús en el desierto inmediatamente después de su bautismo por Juan: “Impulsado por el Espíritu” al desierto, Jesús permanece allí sin comer durante cuarenta días; vive entre los animales y los ángeles le servían (cf. Mc 1, 12-13). Al final de este tiempo, Satanás le tienta tres veces tratando de poner a prueba su actitud filial hacia Dios. Jesús rechaza estos ataques que recapitulan las tentaciones de Adán en el Paraíso y las de Israel en el desierto, y el diablo se aleja de él “hasta el tiempo determinado” (Lc 4, 13).

539. Los evangelistas indican el sentido salvífico de este acontecimiento misterioso. Jesús es el nuevo Adán que permaneció fiel allí donde el primero sucumbió a la tentación. Jesús cumplió perfectamente la vocación de Israel: al contrario de los que anteriormente provocaron a Dios durante cuarenta años por el desierto (cf. Sal 95, 10), Cristo se revela como el Siervo de Dios totalmente obediente a la voluntad divina. En esto Jesús es vencedor del diablo; él ha “atado al hombre fuerte” para despojarle de lo que se había apropiado (Mc 3, 27). La victoria de Jesús en el desierto sobre el Tentador es un anticipo de la victoria de la Pasión, suprema obediencia de su amor filial al Padre.

540. La tentación de Jesús manifiesta la manera que tiene de ser Mesías el Hijo de Dios, en oposición a la que le propone Satanás y a la que los hombres (cf Mt 16, 21-23) le quieren atribuir. Es por eso por lo que Cristo venció al Tentador a favor nuestro: “Pues no tenemos un Sumo Sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras flaquezas, sino probado en todo igual que nosotros, excepto en el pecado” (Hb 4, 15). La Iglesia se une todos los años, durante los cuarenta días de Cuaresma, al Misterio de Jesús en el desierto.

2119. La acción de tentar a Dios consiste en poner a prueba de palabra o de obra, su bondad y su omnipotencia. Así es como Satán quería conseguir de Jesús que se arrojara del templo y obligase a Dios, mediante este gesto, a actuar (cf Lc 4,9). Jesús le opone las palabras de Dios: “No tentarás al Señor tu Dios” (Dt 6,16). El reto que contiene este tentar a Dios lesiona el respeto y la confianza que debemos a nuestro Criador y Señor. Incluye siempre una duda respecto a su amor, su providencia y su poder (cf 1 Co 10,9; Ex 17,2-7; Sal 95,9).

“No nos dejes caer en la tentación”

2846. Esta petición llega a la raíz de la anterior, porque nuestros pecados son los frutos del consentimiento a la tentación. Pedimos a nuestro Padre que no nos “deje caer” en ella. Traducir en una sola palabra el texto griego es difícil: significa “no permitas entrar en” (cf Mt 26, 41), “no nos dejes sucumbir a la tentación”. “Dios ni es tentado por el mal ni tienta a nadie” (St 1, 13), al contrario, quiere librarnos del mal. Le pedimos que no nos deje tomar el camino que conduce al pecado, pues estamos empeñados en el combate “entre la carne y el Espíritu”. Esta petición implora el Espíritu de discernimiento y de fuerza.

2847. El Espíritu Santo nos hace discernir entre la prueba, necesaria para el crecimiento del hombre interior (cf Lc 8, 13-15; Hch 14, 22; 2 Tm 3, 12) en orden a una “virtud probada” (Rm 5, 3-5), y la tentación que conduce al pecado y a la muerte (cf St 1, 14-15). También debemos distinguir entre “ser tentado” y “consentir” en la tentación. Por último, el discernimiento desenmascara la mentira de la tentación: aparentemente su objeto es “bueno, seductor a la vista, deseable” (Gn 3, 6), mientras que, en realidad, su fruto es la muerte.

Dios no quiere imponer el bien, quiere seres libres... En algo la tentación es buena. Todos, menos Dios, ignoran lo que nuestra alma ha recibido de Dios, incluso nosotros. Pero la tentación lo

manifiesta para enseñarnos a conocernos, y así, descubrirnos nuestra miseria, y obligarnos a dar gracias por los bienes que la tentación nos ha manifestado (Orígenes, or. 29).

2848. “No entrar en la tentación” implica una decisión del corazón: “Porque donde esté tu tesoro, allí también estará tu corazón... Nadie puede servir a dos señores” (Mt 6, 21-24). “Si vivimos según el Espíritu, obremos también según el Espíritu” (Ga 5, 25). El Padre nos da la fuerza para este “dejarnos conducir” por el Espíritu Santo. “No habéis sufrido tentación superior a la medida humana. Y fiel es Dios que no permitirá que seáis tentados sobre vuestras fuerzas. Antes bien, con la tentación os dará modo de poderla resistir con éxito” (1 Co 10, 13).

2849. Pues bien, este combate y esta victoria sólo son posibles con la oración. Por medio de su oración, Jesús es vencedor del Tentador, desde el principio (cf Mt 4, 11) y en el último combate de su agonía (cf Mt 26, 36-44). En esta petición a nuestro Padre, Cristo nos une a su combate y a su agonía. La vigilancia del corazón es recordada con insistencia en comunión con la suya (cf Mc 13, 9. 23. 33-37; 14, 38; Lc 12, 35-40). La vigilancia es “guarda del corazón”, y Jesús pide al Padre que “nos guarde en su Nombre” (Jn 17, 11). El Espíritu Santo trata de despertarnos continuamente a esta vigilancia (cf 1 Co 16, 13; Col 4, 2; 1 Ts 5, 6; 1 P 5, 8). Esta petición adquiere todo su sentido dramático referida a la tentación final de nuestro combate en la tierra; pide la perseverancia final. “Mira que vengo como ladrón. Dichoso el que esté en vela” (Ap 16, 15).

Cristo nos libra del mal

1505. Conmovido por tantos sufrimientos, Cristo no sólo se deja tocar por los enfermos, sino que hace suyas sus miserias: “Él tomó nuestras flaquezas y cargó con nuestras enfermedades” (Mt 8,17; cf Is 53,4). No curó a todos los enfermos. Sus curaciones eran signos de la venida del Reino de Dios. Anunciaban una curación más radical: la victoria sobre el pecado y la muerte por su Pascua. En la Cruz, Cristo tomó sobre sí todo el peso del mal (cf Is 53,4-6) y quitó el “pecado del mundo” (Jn 1,29), del que la enfermedad no es sino una consecuencia. Por su pasión y su muerte en la Cruz, Cristo dio un sentido nuevo al sufrimiento: desde entonces éste nos configura con él y nos une a su pasión redentora.

La fe es sumisión a Dios, aceptación de Dios, respuesta al mal

LA RESPUESTA DEL HOMBRE A DIOS

142. Por su revelación, “Dios invisible habla a los hombres como amigo, movido por su gran amor y mora con ellos para invitarlos a la comunicación consigo y recibirlos en su compañía” (DV 2). La respuesta adecuada a esta invitación es la fe.

143. Por la fe, el hombre somete completamente su inteligencia y su voluntad a Dios. Con todo su ser, el hombre da su asentimiento a Dios que revela (cf. DV 5). La Sagrada Escritura llama “obediencia de la fe” a esta respuesta del hombre a Dios que revela (cf. Rom 1,5; 16,26).

La providencia y el escándalo del mal

309. Si Dios Padre Todopoderoso, Creador del mundo ordenado y bueno, tiene cuidado de todas sus criaturas, ¿por qué existe el mal? A esta pregunta tan apremiante como inevitable, tan dolorosa como misteriosa no se puede dar una respuesta simple. El conjunto de la fe cristiana constituye la respuesta a esta pregunta: la bondad de la creación, el drama del pecado, el amor paciente de Dios que sale al encuentro del hombre con sus Alianzas, con la Encarnación redentora de su Hijo, con el don del Espíritu, con la congregación de la Iglesia, con la fuerza de los sacramentos, con la llamada a una vida bienaventurada que las criaturas son invitadas a aceptar libremente, pero a la cual, también

libremente, por un misterio terrible, pueden negarse o rechazar. No hay un rasgo del mensaje cristiano que no sea en parte una respuesta a la cuestión del mal.

Dios forma su pueblo sacerdotal por medio de Abraham y del Éxodo

Dios elige a Abraham

59. Para reunir a la humanidad dispersa, Dios elige a Abraham llamándolo “fuera de su tierra, de su patria y de su casa” (Gn 12,1), para hacer de él “Abraham”, es decir, “el padre de una multitud de naciones” (Gn 17,5): “En ti serán benditas todas las naciones de la tierra” (Gn 12,3 LXX; cf. Ga 3,8).

60. El pueblo nacido de Abraham será el depositario de la promesa hecha a los patriarcas, el pueblo de la elección (cf. Rom 11,28), llamado a preparar la reunión un día de todos los hijos de Dios en la unidad de la Iglesia (cf. Jn 11,52; 10,16); ese pueblo será la raíz en la que serán injertados los paganos hechos creyentes (cf. Rom 11,17-18.24).

61. Los patriarcas, los profetas y otros personajes del Antiguo Testamento han sido y serán siempre venerados como santos en todas las tradiciones litúrgicas de la Iglesia.

Dios forma a su pueblo Israel

62. Después de la etapa de los patriarcas, Dios constituyó a Israel como su pueblo salvándolo de la esclavitud de Egipto. Estableció con él la alianza del Sinaí y le dio por medio de Moisés su Ley, para que lo reconociese y le sirviera como al único Dios vivo y verdadero, Padre providente y juez justo, y para que esperase al Salvador prometido (cf. DV 3).

63. Israel es el pueblo sacerdotal de Dios (cf. Ex 19,6), el que “lleva el Nombre del Señor” (Dt 28,10). Es el pueblo de aquellos “a quienes Dios habló primero” (MR, Viernes Santo 13: oración universal VI), el pueblo de los “hermanos mayores” en la fe de Abraham.

CONGREGACIÓN PARA EL CLERO (www.clerus.va)

La elección entre Dios y Satanás

El primer Domingo de Cuaresma nos ofrece siempre el relato de las tentaciones de Jesús en el desierto. Cuenta el evangelista Lucas que Jesús, después de haber recibido el bautismo, “*lleno del Espíritu Santo regresó del Jordán y fue conducido por el Espíritu al desierto, donde estuvo cuarenta días y fue tentado por el diablo*”. (Lc 4,1-2). Al final del pasaje, Lucas afirma que, cuando el Tentador deja a Jesús, fue “*terminada toda tentación*” (Lc 4,13). Aparece como evidente que las tentaciones de Jesús “*no fueron un incidente aislado, sino la consecuencia de que Jesús eligió seguir la misión que le había confiado el Padre*” (Benedicto XVI, 21 de febrero 2010). En el desierto, Jesús vive y enfrenta las pruebas que Israel y la humanidad han experimentado y experimentan en su transcurrir histórico y existencial. El desierto es el lugar de la verdad: por eso es también el lugar de la lucha, es el lugar de la elección, el lugar de la conversión. En el desierto se decide de qué parte está cada uno: si de parte de Dios o de parte de Satanás; si de parte de la verdad y la fidelidad o de parte del engaño y de las traiciones. La Cuaresma es el sacramento de los cuarenta días de Jesús, para “probar” nuestro corazón y nuestra fe en Dios, para probar, reconocer y vencer nuestras más profundas seducciones.

Las tres tentaciones de Jesús son las tentaciones de todo hombre, que es probado, antes que en su comportamiento moral, en la fe. Satanás sabe bien, desde los orígenes de la creación, que el hombre quiere ocupar el lugar de Dios. Su juego es un juego de altura. Satanás busca arrojar una

sombra de descrédito sobre Dios, mostrándolo como el antagonista de nuestra libertad y de nuestra autonomía; y, al mismo tiempo, busca alienar también al hombre, cultivando sus apetitos más negativos y seductores.

La primera tentación pone al *pan* como símbolo de todos los bienes que el hombre necesita para vivir. Satanás busca encerrar al hombre en el cerco de los bienes terrenos: *“Di que estas piedras se conviertan en pan”* (Lc 4,3). El hambre del hombre es reducida al hambre de los bienes materiales. Si el hombre cediera a la tentación, Satanás podría estar seguro de que el camino del hombre hacia Dios se cerraría para siempre, puesto que *“el hombre en la prosperidad no comprende: se parece a las bestias que mueren”* (Salmo 49,21). Y Satanás quiere la muerte del hombre, para que no darle la gloria a Dios. Frente a esta reducción antropológica obrada por Satanás, que cierra al hombre en el horizonte de este mundo, Jesús le recuerda cuál es nuestro auténtico horizonte, cuál nuestra verdadera y más profunda hambre: *“No sólo de pan vive el hombre”* (Lc 4,4), citando un pasaje de Dt 8,3 (que en Mt 4,4 es citado íntegramente: *“sino de toda palabra que sale de la boca de Dios”*). La respuesta de Jesús es un gran himno a la dignidad del hombre, cuya vocación es irreductible a las preocupaciones mundanas. Jesús quiere decirnos: no pongas tu corazón en los tesoros de este mundo que pasa, porque has sido creado y constituido para bienes más grandes; no empobrezcas tus deseos limitándolos a lo que puedes tocar y ver de inmediato, porque tus objetivos son muy otros. Esta es la primera verdad del camino cuaresmal que nos revela Jesús: recuerda, hombre, que tú estás hecho por Dios y nada de lo que es inferior a Dios te puede saciar.

En la segunda prueba, el Tentador levanta el nivel: *“te daré poder sobre todos los reinos del mundo, si te arrodillas delante de mí”* (cf. Lc 4,6-7). Es la seducción engañosa del poder, bien posible para quien, antes de adorar a Dios, fuente del amor y de la verdad, adora los ídolos, que son la caricatura de Dios. El Tentador sabe bien qué atractivo fascinante tiene el poder en el corazón humano: un poder que, cuando es conquistado, recurre a todo y termina siendo abuso, violencia, dominio del más fuerte sobre el más débil, astucia, compromiso... Satanás dice a cada uno de nosotros: ¿quieres poseer el mundo? Usa entonces la fuerza, ocupa los puestos claves en la sociedad, hazte espacio, domina sobre los otros. Esta experiencia atraviesa toda la historia humana: apoderarse de los otros, usarlos para los propios proyectos, doblegar y manipular las conciencias, borrar los límites entre el bien y el mal, entre la verdad y la mentira. Los totalitarismos del siglo pasado y los relativismos de tantas partes de nuestro clima cultural, son los signos evidentes de la fuerza seductora del poder. En la lucha contra Satanás, Jesús sale vencedor. A la divinización del poder, Jesús contrapone la adoración a Dios, citando nuevamente el Deuteronomio (6,13): *“Adorarás al Señor, tu Dios, y a Él solo rendirás culto”* (Lc 4,8). *“El mandamiento fundamental de Israel es también el mandamiento fundamental de los cristianos: se debe adorar solamente a Dios”* (J. Ratzinger-Benedicto XVI, *Jesús de Nazaret*, 2007, p. 68). El Tiempo de la Cuaresma nos invita a dejar de ser adoradores del Tentador y volver a ser adoradores de Dios.

La tercera tentación es la más sutil, porque pone en peligro, pervirtiéndola, la relación de Jesús con Dios Padre. El Tentador sugiere a Jesús poner a prueba a Dios pidiéndole un milagro: *“Arrójate abajo desde lo más alto del Templo, y Dios te salvará enviándote sus ángeles”* (cf. Lc 4 10-11). Es la forma suprema de perversión y de desafío: Satanás pide a Jesús que haga un gesto con el cual “costrinja” a Dios a dar una prueba de su presencia y de su poder. ¡Es el hombre quien le dice a Dios cómo comportarse! Es el hombre que impone la propia voluntad a Dios, en lugar de acoger de Dios la Suya. El hombre reduce a Dios a objeto de sus experimentos. Jesús, una vez más citando el Deuteronomio (6,16) anula el asunto y responde: *“No tentarás al Señor tu Dios”* (Lc 4,12), es decir: no pretendas que Dios obedezca a tus requerimientos, sino que deja a Dios toda la libertad de ser Dios; no pretendas que se pliegue a tus deseos, porque entonces encontrarás un

ídolo entre tus manos, una especie de juguete que se romperá entre tus dedos en cuanto haya en tu vida algo serio.

El relato evangélico ilumina todo el camino cuaresmal, que nos pone frente a una elección entre Dios y Satanás. Podemos vivir siguiendo a Cristo, eligiendo “lo que está escrito”, o sea, Dios y su Palabra; o podemos vivir cediendo a las grandes seducciones del Tentador, que nos hechizan con toda la fascinación de una libertad a fácil precio.

Jesús ha vencido todas las pruebas, también por nosotros. Y las ha vencido hasta el fin, cuando Satanás, reapareciendo en el “momento fijado”, lo tentará, en vano, por última vez, proponiéndole rechazar el proyecto de Dios, es decir, de salvarse bajando de la Cruz. Pero Jesús, en el evangelio de Lucas, dará una gran voz: “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu” (23,46).

RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)

Fue tentado por el diablo

Todos los días al oír el mal que hay en el mundo nosotros nos indignamos. Raramente sin embargo prestamos atención al mal que hay dentro de nosotros, en los pensamientos, en las costumbres, en las relaciones personales; incluso, si ello es lo único que depende de nosotros para eliminarlo del mundo.

El Evangelio de las tentaciones de Jesús en el desierto, con el que comienza el tiempo de Cuaresma, lo veremos, nos ayuda para realizar este cambio de atención desde fuera hacia dentro de nosotros. Narra el Evangelio de Lucas:

«Jesús, lleno del Espíritu Santo, volvió del Jordán y, durante cuarenta días, el Espíritu lo fue llevando por el desierto, mientras era tentado por el diablo. Todo aquel tiempo estuvo sin comer, y al final sintió hambre»,

Al final del ayuno, entra en acción el tentador e inicia la serie de las tres tentaciones. Alguno hasta podría permanecer escandalizado al oír que también Jesús fue tentado. ¿No era él el Hijo de Dios? Ciertamente lo era; pero, también era hombre y como hombre ha querido ser «probado en todo como nosotros, excepto en el pecado» (*Hebreos 4, 15*). Y esto es para nosotros un gran consuelo.

Por lo tanto, he aquí la primera tentación:

«Si eres Hijo de Dios, dile a esta piedra que se convierta en pan».

Segunda tentación:

«Después, llevándole a lo alto, el diablo le mostró en un instante todos los reinos del mundo y le dijo: ‘Te daré el poder y la gloria de todo eso, porque a mí me lo han dado, y yo lo doy a quien quiero. Si tú te arrodillas delante de mí, todo será tuyo’».

Tercera tentación:

«Entonces lo llevó a Jerusalén y lo puso en el alero del templo y le dijo: ‘Si eres Hijo de Dios, tírate de aquí abajo’».

Por debajo de estas tres tentaciones, hay una única tentación con tres formas distintas: la así llamada «tentación mesiánica». Esta consiste en la propuesta de imponerse con su poder y milagros sobre los hombres. Jesús rechaza este camino en favor de otro, que siente en su corazón como querido para él por el Padre. La puesta en juego es determinante. El mínimo error de orientación

sería decisivo para el futuro del hombre, de Cristo y de Dios mismo. Jesús se encuentra en la encrucijada. De ahí, la importancia concedida a este momento de la vida de Cristo en los Evangelios.

Rechazar la cruz significaría salvar la gloria de la divinidad según la idea que de ella han tenido siempre los hombres; aceptar la debilidad, la humildad y finalmente la ignominia de la cruz significa introducir en el mundo una novedad absoluta sobre Dios y sobre el Mesías, que sin embargo desilusionará todas las esperanzas y escandalizará y pondrá a Jesús en conflicto con el ambiente religioso. Jesús escoge, sin titubeo alguno, el camino que le ha trazado el Padre. Orienta su vida hacia la Pascua y hacia la obediencia hasta la muerte.

El suceso de las tentaciones no es importante sólo por lo que nos dice sobre Jesús, sino también por lo que nos dice sobre nosotros. No es una página del Evangelio cerrada sino de una tremenda actualidad, que queremos en esta circunstancia intentar descubrir. Si es verdad que bajo las tres tentaciones está sobreentendida la única tentación propia del Mesías, es también verdad que cada una de ellas encierra un significado bien preciso y de alcance universal.

En otras palabras, en las tres tentaciones de Jesús están preanunciadas todas nuestras tentaciones. Dostoevskij decía que si ellas no se hallaran en el Evangelio y hubiese necesidad de inventarlas y con este fin se pusieran a ello todos los sabios de la tierra no conseguirían pensar algo que tuviera parangón en fuerza y profundidad a aquellas tres preguntas. «En ellas está en conjunto como resumida y preanunciada toda la futura historia humana» (*Los hermanos Karamazov*, Leyenda del Gran Inquisidor).

Con este convencimiento intentemos releer las tres tentaciones de Jesús: «Si eres Hijo de Dios, dile a esta piedra que se convierta en pan»: es la tentación de cambiar el curso natural de las cosas, de cambiar el camino normal de procurarse la nutrición. Pero, ¿no es lo que se repite hoy, por ejemplo, en la proyectada donación del hombre? Ello cambia completamente el modo natural de propagarse la vida. Sin esperar que haya habido alguna adecuada discusión entre las instancias sociales interesadas (ciencia, ética, filosofía, política, religión) con ella, una o dos personas deciden autónomamente sobre el futuro de la humanidad, arrogándose prerrogativas divinas. Se cae en una especie de mesianismo de la ciencia, del modelo rechazado por Jesús, que deslumbra con promesas de las que se ignora su contrapartida.

Kierkegaard hace notar que la agudeza sobrehumana de la tentación de Cristo está en esto: él tiene hambre, tiene la posibilidad de hacer un milagro para procurarse la comida, pero debe contenerse antes de emplear su poder, porque no es así como el Padre celestial quiere que se maneje (*Kierkegaard, Diario X4 A 181*). En esto reside hoy el rechazo del Cristo que ha de llegar a ser ejemplar o modelo para nosotros. Se le recuerda a la ciencia que por el simple hecho de que «puede» hacer algo (esto es, que está en su capacidad) no por ello «puede» hacerla (que sea lícito). Es ésta una tentación tremenda, de la que esperamos que los científicos salgan vencedores, evitando caer en un espejismo de omnipotencia por parte de la ciencia, que podría revelarse fatal.

Pasemos a la segunda tentación: «Te daré el poder y la gloria de todo eso... Si tú te arrodillas delante de mí». La tentación de adquirir poderes extraordinarios y éxito, también a costa, como se suele decir, de «vender el alma al diablo». ¿No es lo que sucede en la magia, ocultismo, espiritismo, ritos satánicos y cosas del género, que contaminan nuestro mundo y seducen a tanta gente?

Tercera tentación: «Si eres Hijo de Dios, tírate de aquí abajo». La tentación de la espectacularidad y de llamar la atención a cualquier costo. Es lo que empuja hoy tantas personas (frecuentemente adolescentes) a hacer cosas extrañas, inútiles y hasta aberrantes, con tal de hacer hablar de sí mismo y acabar en las páginas de los periódicos; el parecer llega a ser más importante

que el ser. Tenía razón Pascal: «Hay gente dispuesta a dar hasta la vida, con tal de que alguno hable de ellos».

Pero, busquemos ahora profundizar algo en la dinámica de la tentación para saber cómo afrontarla. La tentación, en efecto, no está limitada a los casos que hemos apuntado sino que abarca formas distintas, más cotidianas; es la experiencia común de todos. ¿Qué es la tentación? En la acepción ordinaria, es la *atracción* ejercida sobre nosotros de lo que percibimos como malo también la instigación y el *impulso* a cometerlo, que nos viene del demonio, de nuestras concupiscencias o del mundo que nos rodea.

Es necesario distinguir de inmediato la tentación de lo que es pecado. Los antiguos Padres, que fueron especialistas en la lucha contra las tentaciones, nos dicen: «Dos son los modos con los que actúa la tentación: el primero engendra placer, el otro dolor; uno lo aprobamos, el otro lo rechazamos. El primero nos conduce al pecado y es lo que pretendemos cuando decimos: ‘No nos dejes caer en la tentación’ (Mateo 6, 13); el otro es, más bien, expiación por el pecado y a él se refiere la palabra: ‘Considerad como un gran gozo, hermanos míos, cuando estéis rodeados por toda clase de pruebas, sabiendo que la calidad probada de vuestra fe produce paciencia’: (Santiago 1, 2-3)» (san Máximo Confesor).

Para que se tenga una verdadera tentación es esencial que ella sea percibida como tal, esto es, como un empuje hacia el mal. Diferentemente, se tratará de ilusiones, de errores de valoración moral (que pueden ser otro tanto dañosas y culpables), pero no de tentación. Ésta consiste en el saber, al menos vagamente, que una determinada cosa está errada, que su éxito final será negativo y, a pesar de ello, la escogemos por la satisfacción inmediata que nos promete. Es preferir lo inmediato a lo justo.

Pocas cosas se prestan a ejemplarizar la dinámica de la tentación como la droga. El joven no puede dejar de saber con todo lo que tiene ante los ojos que la droga lleva a la autodestrucción y a la muerte. Y aun así se deja seducir por la promesa de una satisfacción inmediata. Quiere probar. Hasta proponiéndose parar de inmediato, cuando ya él lo decidirá. Sin saber que el primer efecto de la droga será precisamente quitarle la capacidad de querer y de decidir algo y precisamente de hacerlo un esclavo, «tóxico-dependiente». Se repite la tentación de la serpiente: «De ninguna manera moriréis... se os abrirán los ojos» (cfr. Génesis 3,4-5).

«El que ama el peligro sucumbe en él» (Eclesiástico 3,27), dice la Escritura. No se puede flirtear con la tentación. Hacerlo significa caer en ella. Esto nos afecta a todos. La puerta ordinaria, por la que se introduce la tentación, es la representación. Está escrito que Satanás «mostró» a Jesús todos los reinos: se los hizo ver. La imagen, una vez introducida en nuestra fantasía, se nos anida allí creando un empuje impelente para traducirse en realidad y en acción. También la caída de Eva comenzó por los ojos: «La mujer vio que el árbol era bueno para comer, apetecible a la vista y excelente» (Génesis 3, 6).

Ahora, nosotros vivimos en una civilización dominada por la imagen. Estamos bombardeados desde la mañana hasta la tarde: televisión, revistas, publicidad, film, internet. Si Jesús, en aquellos cuarenta días, practicó el ayuno de comida, nosotros hoy debemos añadirle el ayuno de imágenes. No de todas las imágenes, obviamente, sino de las que sabemos que son para nosotros nefastas o mortíferas. Estas no son sólo las imágenes de desnudos o de sexo, sino también las de vestidos lujosos, vitrinas centelleantes y objetos de ostentación o de platos succulentos y super-alcohólicos para quien está inclinado a ser exagerado en el comer o en el beber.

Para suerte nuestra, Jesús no nos ha dejado sólo un *ejemplo* de cómo se debe luchar; nos ha merecido, incluso, la *gracia* de vencer. En él, que es nuestra cabeza, éramos también nosotros quienes combatíamos y vencíamos al enemigo, como en Adán habíamos estado vencidos por él. En las tentaciones, la primera cosa a hacer es valerse de este derecho, apropiándonos en la fe de la victoria de Cristo e invocando sobre nosotros al mismo Espíritu, que «llevó» a Jesús al desierto y le ayudó a vencer al tentador.

El arma mejor contra las tentaciones es la usada por Jesús: la palabra de Dios, que Pablo llama «la espada del Espíritu» (*Efesios* 6, 11). Consiste en repetir mentalmente una palabra de la Escritura contraria a la tentación. Por ejemplo: «Dichosos los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios» (*Mateo* 5, 8), si somos tentados contra la pureza, o «la ira del hombre no realiza la justicia de Dios» (*Santiago* 1,20), si estamos tentados por la cólera. Preferiblemente, usemos siempre la misma palabra.

La tentación, entonces, se cambia para nosotros en ocasión y en oportunidad. Cada tentación superada nos hace dar un salto de calidad; nos produce una íntima alegría; y ésta, a su vez, llega a ser nuestro mejor aliado en el esfuerzo de sustraernos a la fascinación del mal.

FLUVIUM (www.fluvium.org)

Somos tentados

La escena que contemplamos en este primer domingo de Cuaresma es un diálogo real entre Jesús y el diablo. Este personaje desdichado se apartó de Dios definitivamente, como explica el Catecismo de la Iglesia Católica, y procura siempre el mal de los hombres: **Satán o el diablo y los otros demonios son ángeles caídos por haber rechazado libremente servir a Dios y su designio. Su opción contra Dios es definitiva. Intentan asociar al hombre en su rebelión contra Dios.**

El diablo no fue malo desde el principio. Enseña el concilio cuarto de Letrán que **el diablo y los otros demonios fueron creados por Dios con una naturaleza buena, pero ellos se hicieron a sí mismos malos**. San Pedro, en efecto, dice en su segunda carta que pecaron y fueron arrojados por Dios al infierno. La sugerencia: **seréis como dioses**, con la que Satanás tentó a nuestros primeros padres, manifiesta la verdad de las palabras de Jesús de que es **padre de la mentira y homicida desde el principio**.

Es verdaderamente homicida puesto que con su seducción mentirosa induce, desde el principio, al hombre a desobedecer a Dios; en lo que consiste nuestra perdición, más terrible que la muerte física. Pero Dios, que es Padre bueno, nunca consiente que seamos tentados por encima de nuestras fuerzas. Jesucristo venció para nosotros definitivamente al maligno, pues, como dice san Juan, **el Hijo de Dios se manifestó para deshacer las obras del diablo**. Y la gracia de Dios se difunde como fuerza en nosotros para vencer las tentaciones, cuando nos unimos al Señor por la oración y los sacramentos.

Recordemos que es otra criatura –aunque poderosa por ser puro espíritu– y que no puede impedir el triunfo del Reino de Dios establecido en Jesucristo. Nos dice el Catecismo que su acción, real en el mundo, es un misterio para nosotros que aceptamos confiando en Dios, pues, como afirmaba san Pablo a los Romanos, **todas las cosas contribuyen al bien de los que aman a Dios**.

Iluminados por el Paráclito le suplicamos aprender, con más segura firmeza, que fuimos creados para Dios y que Dios ha querido ser también para cada uno. El tentador, en cambio, según

observamos en el fragmento evangélico de hoy, no acepta el señorío del Creador sobre el mundo. Intenta establecer su criterio personal y que prevalezca sobre el de Dios, su Creador.

Vigilemos para no caer en esa locura de la soberbia que, aunque no se nos presente de ordinario tan descaradamente como este pasaje de san Lucas, sí está presente en esa cultura, demasiado extendida, según la cual se puede llevar a cabo y es correcto todo aquello posible en el ámbito de la propia libertad; con tal de que no interfiera inmediatamente con el orden social. El hombre sería señor de sí mismo. Sus capacidades y talentos podría emplearlos con toda justicia –al ser libre para hacerlo– en lo que considere más oportuno, sin referencia a otra instancia superior, pues él mismo, como señor de sí, establecería los criterios de bondad y maldad.

Con diversos matices en cada una de las tentaciones, esa contradictoria preeminencia, de la criatura imponiéndose al Creador, es lo que pretende el diablo frente a Jesús. Podemos afirmar, sin ningún miedo a equivocarnos, que el problema de Satanás, como el de la cultura aludida, es el orgullo vano de considerarse autónomo, independiente de Alguien superior que tiene el derecho a ser Señor de la existencia, por ser Creador de los seres y del bien.

¡Qué absurda, por su arrogancia, se manifiesta la actitud de la criatura diabólica tentando al Creador! Así son algunos que se consideran señores, porque se reconocen con libertad para olvidarse de Dios y para dictar ellos las normas de conducta. Sucede no pocas veces en las grandes cuestiones sociales, como las relativas a la vida humana o a la distribución de la riqueza a nivel mundial. Esta pretendida autonomía tiene las lamentables consecuencias que bien conocemos: todo tipo de injusticias, graves lesiones a la dignidad personal..., aunque tantas veces se cometan apelando, de modo sorprendente, a esa dignidad.

También en la vida privada –la corriente y sin más relevancia de cada uno– podríamos sentirnos excesivamente autónomos si no mirásemos de continuo a Dios y al Evangelio por el que nos habla. No es lo nuestro vivir una libertad sin condiciones, ni nos corresponde determinar los límites de esa libertad.

Nuestra Madre Inmaculada nunca tuvo relación con Satanás. Invocándola notaremos su misteriosa pero siempre eficaz protección ante las insidias del diablo y nos reconoceremos, como Ella, criaturas de Dios, felices de ser sus hijos muy queridos.

PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)

El demonio existe (¡Y el hombre lo sabe!)

El Evangelio nos presentó el episodio de las tentaciones de Jesús en el desierto. De ese episodio pueden hacerse dos tipos de lectura: una lectura cristológica (qué nos dice de Jesús) y una lectura eclesial y personal (qué nos dice a la Iglesia y a cada uno de nosotros).

La *lectura cristológica* consiste en descubrir qué tipo de Mesías quiso ser Jesús y descubrirlo justamente a partir del contraste con las propuestas de Satanás. Estas tienen como objeto un mesianismo atrayente y triunfalista, de impronta económica (pan y saciedad), política (la potencia de los reinos de la tierra) y espectacular (arrojarse desde el pináculo del templo), mientras que el Padre, con las palabras pronunciadas sobre Jesús en el momento del Bautismo, le trazó el camino opuesto de la humildad, el sufrimiento y el servicio. El demonio provocó ese día, sin quererlo, su derrota más radical; de hecho, Jesús logró demostrar su obediencia al Padre y el Padre logró renovar su predilección por el Hijo.

La lectura cristológica consiste también en preguntarse cómo pudo ser tentado Jesús y si la suya fue verdadera tentación. En este sentido, debe tenerse presente que hay dos clases de tentaciones: a) una *tentación subjetiva* que parte del sujeto mismo que es tentado y presupone en él, de alguna manera, la existencia del pecado, aunque más no sea del pecado original; b) una *tentación objetiva* que parte del exterior, de Satanás en persona, o de una situación de hecho que se presenta al sujeto capaz de hacer surgir en él la duda sobre Dios y, a través de la duda, la desobediencia. La tentación de Jesús no fue subjetiva (en él, inocentísimo, no había nada que pudiera fomentar la tentación); fue, por el contrario, una tentación objetiva y por lo tanto una situación de hecho (el contraste entre el amor declarado del Padre y su situación de hambre e impotencia) que Satanás trató de utilizar para menoscabar la confianza de Jesús en el Padre. La tentación de Jesús no proviene de su interior, sino de afuera.

Para explicar la existencia de semejante tentación en Jesús y tomarla por cierta, y no considerarla ficticia o pedagógica (o sea, para enseñarnos cómo se hace), basta recordar su encarnación real, su ser hombre, dotado de libertad humana además de divina, su poder ser obediente, que supone por lo menos la posibilidad de la tentación —se entiende, objetiva— de no obedecer. De esta manera, la lectura cristológica de las tentaciones se nos revela quién es Jesucristo, cómo está hecha, en lo profundo, su persona divino-humana.

De modo que Jesús fue verdaderamente tentado y venció la tentación; justamente en esto se convirtió en modelo para nosotros, en el hecho de haber vencido una tentación «verdadera», como son verdaderas nuestras tentaciones, aun cuando la suya fue sin culpa mientras que las nuestras en cambio muchas veces no lo son.

Y ahora pasemos a la *lectura eclesial y personal*. ¿Qué nos dice a la Iglesia y a cada uno de nosotros el episodio de las tentaciones, releído en el contexto de la situación cultural actual? Nos dice sobre todo una cosa que durante muchísimo tiempo fingimos haber olvidado: que el diablo existe y que es algo más que el simple *principio* o la simple *suma*, del mal humano.

El hombre moderno manifiesta una extraña y sospechosa alergia a oír hablar de este argumento; diversas corrientes culturales —iluminismo, positivismo, secularismo— terminaron imponiendo, más o menos conscientemente, una solución tranquilizadora: el demonio —se dice— es una personificación simbólica, un mito, un espantapájaros; es el inconsciente colectivo, o, la alienación colectiva, respectivamente. Mientras tanto, en la sociedad se manifiesta sin embargo un fenómeno inquietante: Satanás, expulsado por la puerta, volvió a entrar por la ventana; es decir, expulsado de la fe volvió a entrar por la superstición. El mundo moderno, tecnológico e industrializado, está lleno de magos, brujas, videntes de ciudad, espiritistas, astrólogos que dicen horóscopos, vendedores de «gualichos» y amuletos y de otra gente por el estilo. No muy alejados, por lo que se dice de las sectas satánicas propiamente dichas con ritos extraños (¡y redituables!) que actúan preferentemente en las ciudades más industrializadas del norte. Ha ocurrido algo semejante a lo que el apóstol Pablo señalaba en los paganos de su tiempo: *Haciendo alarde de sabios se convirtieron en necios, y cambiaron la gloria del Dios incorruptible por imágenes que representan a hombres corruptibles, aves, cuadrúpedos y reptiles... Y como no se preocuparon por reconocer a Dios, él los entregó a su mente depravada para que hicieran lo que no se debe* (Rom. 1. 22-23.28).

No basta con decir que los mencionados son fenómenos de pueblo ignorante. *En la literatura*, el demoníaco corrompe, a un punto tal que la mitad de la literatura moderna es definida como literatura del satanismo, en el sentido de que se debate con el problema de lo demoníaco. Sin contar lo que ocurrió *en la vida real* de los hombres. Bajo la impresión de la Segunda Guerra mundial, un pensador escribió: «En estos tiempos nos hemos puesto, tal vez demasiado, en contacto con

potencias demoníacas, hemos probado y visto, más de lo necesario, a hombres y grupos enteros seducidos y guiados por potencias misteriosas y abismales, hemos observado muchas veces un espíritu extraño en las personas que las transformaba hasta lo más profundo de su ser; cómo las impulsó a la crueldad, a la embriaguez de poder y a estallidos de locura de los que antes nunca habrían sido capaces; una mano invisible derramaba un cáliz invisible de frenesí y lo pasaba de puebla en puebla hasta hacer enloquecer a las naciones. Yo digo que hemos visto demasiadas, nos hemos asustado demasiado, como para poder seguir preguntándonos, sin vergüenza, si existe el diablo» (H. Thielicke).

El hombre moderno llegó así, por su cuenta y sin darse cuenta, a la misma conclusión a la que había llegado la Biblia: el misterio del mal no se explica solamente con el hombre, sino que «precede» al hombre (es este el sentido de la presencia de la serpiente en el relato del pecado original); «excede» al hombre. Hay un mal tan impensable y refinado que no puede ser obra del hombre; el hombre, en conjunto, sabe adónde no puede llegar, aun con toda su maldad; conoce sus límites, no sólo en el bien, sino también en el mal.

Volvamos, pues, a interrogar la Biblia, a interrogarla con el sentido crítico suficiente pero también sin prejuicios racionalistas. Si se quita la mención del demonio y los espíritus malvados del capítulo cuarto de Lucas, de donde fue extraído el Evangelio de hoy, se deshilvana totalmente (¡Prueben de leerlo!). Pero no sólo en el capítulo cuarto de Lucas, ya que la situación se repite en todo el Nuevo Testamento. Si le echamos un vistazo, nos revela la frecuencia de esta aparición del maligno; se lo llama: *diablo* (37 veces) y es por lo tanto el que acusa, desune, calumnia, confunde, engaña, que crea problemas; se lo llama también *Satanás* (36 veces), o sea el adversario o enemigo; *Belzebul* (7 veces) y además: *enemigo, maligno, príncipe de este mundo*.

¿Es acaso una objeción válida el hecho de que se hablara de demonios también fuera de la Biblia, en las culturas circundantes, y que se hable de ellos en casi todos los pueblos no industrializados? Se dice: la Biblia tomó esa creencia de los pueblos vecinos. Pero, también está presente en casi todos esos pueblos la existencia de un más allá; ¿sería por eso acaso que ésta no es bíblica? ¿No podría en cambio ser éste un motivo más para creer que estamos ante una de esas verdades elementales y universales que casi todos los pueblos alcanzaron de distintas formas por su propia cuenta?

Indudablemente, es posible pensar que a veces en la Biblia se cambia una causa natural (por ejemplo, la enfermedad) por una presencia diabólica, siguiendo en esto la mentalidad de la época; sin embargo, no es posible eliminar del complejo de las Escrituras tres o cuatro verdades que nos aparecen continuamente y es: que existen potencias espirituales de signo negativo y ambiguo (espíritus rebeldes); que estas potencias tienen una interferencia real con la historia y la vida del hombre; que tienen una cabeza, o la expresión resumida, en un espíritu que es el espíritu del mal por excelencia, vale decir el demonio; finalmente —la verdad más importante de todas—, que todos esos espíritus fueron vencidos y sometidos por Cristo y aunque conserven cierta iniciativa hasta la parusía, están de aquí en más como «encadenados» (Ap. 20.2): *El capturó al Dragón, la antigua Serpiente —que es el Diablo o Satanás— y lo encadenó*.

Este complejo de cosas, y sobre todo la creencia en un diablo personal, es doctrina católica, vale decir, que forma parte del patrimonio común y tradicional de la Iglesia Católica, aunque no esté definido *ex professo* con un dogma. Cuando el papa Paulo VI recordó al pueblo cristiano que existe también esta verdad desagradable, el «mundo» reaccionó rasgándose las vestiduras escandalizado: ¿Cómo, en nuestra época, se cree todavía en el diablo? El «mundo» se rio; lo consideró como una *gaffe*. Incluso muchos creyentes, y entre ellos algunos teólogos, se dejaron intimidar: «Sí, pero

podría bastar, efectivamente, la hipótesis simbólica, la situación social, la explicación psicológica...». Y no se da cuenta de que si permite de este modo que el demonio vuelva a ingresar en su terreno preferido que es el de la duda, la discusión intelectual que frena todo juicio y, finalmente, el silencio. Se ha escrito, y con razón, que la mayor victoria de Satanás es hacer creer que no existe.

Pero, ¿por qué la Biblia y la Iglesia nos hablan del diablo? No para asustarnos, no para hacer que la gente se porte bien asustándola con el miedo del infierno. En el Medioevo hubo una desviación en este sentido con consecuencias graves incluso: caza de brujas, exorcismos indiscriminados, casos de espiritualidad turbia y obsesiva que se nutría de imágenes demoníacas y monstruosas. No para restablecer, entonces, la religión del miedo, incluso por que, teniéndole miedo, se le hace un honor innmercido a Satanás; es un patán presumido, un perro atado a la cadena que sólo sabe ladrar y darse aires, pero que no puede morder si no se lo permitimos acercándonos (san Agustín). En el episodio de las tentaciones, frente a la calma soberana de Jesús, hace el papel de alguien que es impotente y nervioso.

¿Por qué, entonces, se habla del demonio? Porque no se entiende qué significa elegir a Cristo si no se sabe entre quiénes es la elección; no se elige conscientemente el Reino, si no se toma conciencia de que existe también otro reino, de que en el mundo hay una lucha entre dos reinos y nosotros estamos en medio de esa lucha; que la neutralidad es, en realidad, la militancia en uno de los dos reinos, el de Satanás. La liturgia de este primer domingo de Cuaresma expresa por lo tanto mediante el acercamiento entre la segunda lectura (*¡Jesús es el Señor!*) y el trozo evangélico (*Te daré todo este poder y el esplendor de estos reinos, porque me han sido entregados, y yo los doy a quien quiero*). ¡Dos potestades! ¡Hay para elegir! A quien reconoce su potestad sobre el mundo, Satanás le promete reinos y potencia (con la salvedad de que después no mantiene ni siquiera esa promesa); a quien confiesa con la boca y cree con el corazón que Jesús solamente es el Señor del mundo, él le promete la salvación («serás salvado»).

El Bautismo cristiano, en su estructura litúrgica, es expresión de esta elección: «Renuncia a» – «Creo en»; por consiguiente, toda la vida cristiana es una elección. Haber abolido uno de los dos polos de la elección —el negativo del demonio— traiciona, en el hombre secularizado del mundo de hoy, el miedo a tener que elegir. Él trató así de eliminar de raíz la angustia y en cambio, no entendió que así se creaba una angustia mucho más radical. Porque es necesario elegir —y dejar de lado—, como ha explicado Pascal, ¡y el hombre lo sabe!

Con esto no quiero decir que, en el cristianismo, Satanás tenga una importancia semejante y contraria a la de Cristo. Por el contrario, ni siquiera es exacto decir que creemos «en el» demonio. Nosotros creemos «en» Dios, ¡pero no creamos en el demonio! Creamos, simplemente, que existe el demonio; es un objeto, y negativo, por añadidura, de nuestra fe, no es el móvil o el fin de ésta; no establezcamos ninguna relación personal con él, como, sí, lo establecemos en cambio con Jesús cuando decimos: «Creo en Jesucristo». Es un error gravísimo decir: Yo creo *en el* demonio; se debe decir simplemente: Yo creo que existe el demonio. Dios y el demonio no son dos principios paralelos, eternos e independientes entre sí, como lo son en las religiones dualistas (por ej. en la religión de Zaratustra). Para la Biblia, el demonio es sólo una creatura de Dios que fue «al mal»; todo lo que «es» de bueno y positivo, viene de Dios, todo lo que «no es» (su malicia) proviene del defecto de su voluntad libre; en él se concreta en forma plena la definición del mal moral que es «privación o ausencia de bien». Se puede decir que el demonio es una «nada» sin afirmar con ello que «no existe». Es «la negación» personificada, el «no» a Dios, y por ende al Bien; de ahí que el nihilismo sea su producto más inconfundible.

Y ahora algunas consideraciones prácticas. El terreno que hemos pisado es insidioso: el demonio puede usar en nuestro perjuicio el excesivo silencio (¡ya lo hemos visto!) o la excesiva referencia a él. En este último caso, pueden verificarse fácilmente dos inconvenientes; o nos ilusiona o nos confunde. *Nos ilusiona* si, culpando de cualquier dificultad o error nuestros a Satanás («¡La serpiente me engañó!») no tomamos con suficiente seriedad la raíz maligna que hay en nosotros —la voluntad mala, el egoísmo, la concupiscencia— y, al no tomarla en serio, no la «fortificamos». De este modo, nuestra batalla contra el demonio se convierte en una guerra contra molinos de viento; el enemigo está en otra parte y actúa tranquilamente.

Nos confunde, si además de atribuir al demonio en persona nuestras equivocaciones, empezamos a atribuirle también con demasiada facilidad otros fenómenos que ocurren a nuestro alrededor: enfermedades, contratiempos, alteraciones psíquicas. No es que el demonio no sepa hacer también esto, pero es peligroso aventurarse en ese camino; la mente se turba, los pensamientos se confunden, surgen dudas sobre todo y se termina viendo al diablo en cualquier esquina. La Iglesia es muy sabia al respecto; es necesario por lo tanto actuar con la Iglesia y usar el «discernimiento de los espíritus» (cf. 1 Cor 12.10).

Por lo tanto, nada de exorcismos fáciles. El Evangelio nos exhorta sin duda al exorcismo: «Expulsar los demonios» es una consigna constante hecha a los misioneros del Reino. Pero positiva, no ritualmente. No se trata tanto de cumplir ritos, sino obras que hagan huir a Satanás. Predicar la palabra de verdad del Evangelio, proclamar a Cristo como Señor, vivir las bienaventuranzas, caminar en la vida nueva, en pureza y transparencia: todo esto es exorcismo; hace avanzar el frente de la luz y retroceder al de las tinieblas y la mentira; hace «precipitar a Satanás como rayo»; derriba los ídolos detrás de los cuales generalmente se esconde, que son, entre otros, la mentira filosófica, el ídolo del poder político y militar, el ídolo del sexo, del consumismo... El cristiano realiza un exorcismo verdadero cuando se compromete por su propia liberación y la de los demás. En este sentido, toda la Cuaresma es tiempo de exorcismo por ser tiempo de purificación.

La Iglesia —nos dice, entonces, el Evangelio de hoy— en tanto está aquí abajo, vive en el desierto y es tentada por el demonio. En esta condición son dos las actitudes que le resultan más necesarias: la vigilancia y la lucha. De la vigilancia se dice: *Sean sobrios y estén siempre alerta, porque su enemigo, el demonio, ronda como un león rugiente, buscando a quién devorar* (1 Pedro 5,8-9). De la lucha se dice: *Revístanse con la armadura de Dios, para que puedan resistir las insidias del demonio. Porque nuestra lucha no es contra enemigos de carne y sangre, sino contra los Principados y Potestades, contra los Soberanos de este mundo de tinieblas, contra los espíritus del mal* (Ef. 6,11-12). El Apóstol agrega además las armas necesarias para semejante batalla (que son las mismas usadas por Jesús en el desierto): la fe, o sea la confianza absoluta e inamovible en Dios, aunque todo parezca decir lo contrario; la fe es el escudo que ahuyenta las dudas insinuadas por Satanás («los dardos incendiados del enemigo»); luego, la palabra de Dios como espada potente del Espíritu y finalmente la oración asidua que es nuestra arma más recomendada. Debemos acercarnos a la Eucaristía que es el arma de las armas.

Hemos trazado así el programa espiritual para toda la Cuaresma. Sólo nos queda encaminarnos hacia ella. En el desierto están todavía las huellas de nuestro Maestro que nos espera al otro extremo para celebrar la Pascua con nosotros.

BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)

Homilía con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II

Homilía en la parroquia de Santa María de la Merced y San Adrián Mártir (20-II-1983)

– La tentación

Hemos empezado la Cuaresma para seguir el ejemplo de Cristo que, al inicio de su actividad mesiánica en Israel, “durante 40 días fue tentado por el diablo” (Lc 4,1), y “todo aquel tiempo estuvo sin comer” (Lc 4,2).

Nos lo dice el Evangelista Lucas en este primer domingo de Cuaresma, y después de haber dicho que Cristo “fue tentado por el diablo” (Lc 4,2), describe detalladamente esta tentación.

Nos hallamos ante un acontecimiento que nos afecta profundamente. La tentación de Jesús en el desierto ha constituido para muchos hombres, santos, teólogos, escritores, artistas, un tema fecundo de reflexión y creatividad. ¡Tan profundo es el contenido de este acontecimiento! Dice mucho de Cristo: el Hijo de Dios que se ha hecho verdadero hombre. Hace meditar mucho a cada hombre.

La descripción de la tentación de Jesús, que volvemos a leer este domingo de Cuaresma, tiene una elocuencia especial. Efectivamente, en este período, incluso más que en cualquier otro, el hombre debe hacerse consciente de que su vida discurre en el mundo entre el bien y el mal. La tentación no es más que dirigir hacia el mal todo aquello de lo que el hombre puede y debe hacer buen uso.

Si hace mal uso de ello, lo hace porque cede a la triple concupiscencia: concupiscencia de los ojos, concupiscencia de la carne y orgullo de la vida. La concupiscencia, en cierto sentido, deforma el bien que el hombre encuentra en sí y alrededor de sí, y falsea su corazón. El bien, desviado de este modo, pierde su sentido salvífico y, en vez de llevar al hombre a Dios, se transforma en instrumento de satisfacción de los sentidos y de vanagloria.

No se trata ahora de someter a un análisis detallado la descripción de la tentación de Cristo, sino de llamar la atención sobre el deber que tiene cada uno de meditarla convenientemente. Es preciso, sobre todo, que en el tiempo de Cuaresma cada uno entre en sí mismo y se dé cuenta de cómo siente él específicamente esta tentación. Y que aprenda de Cristo a superarla.

– Los medios para luchar: sacrificio y oración

La tentación nos aparta de Dios y nos dirige de modo desordenado a nosotros mismos y al mundo. Y, por esto, juntamente con la lectura del Evangelio de hoy, tratamos de comprender también otras lecturas de esta liturgia.

La primera lectura del libro del Deuteronomio invita a ofrecer a Dios en sacrificio las primicias de los frutos de la tierra. Si la tentación nos dirige de modo desordenado hacia nosotros mismos y hacia el mundo, tenemos que superar este modo desordenado precisamente con el sacrificio. Cultivando el sacrificio, o mejor, el espíritu del sacrificio, no permitimos a la tentación que prevalezca en nuestro corazón, sino que mantenemos a éste en clima de interioridad y de orden.

El Salmo responsorial nos enseña la confianza en Dios y a abandonarnos en su santa Providencia. Se trata del maravilloso Salmo 90(91), que debemos conocer bien procurando orar de vez en cuando con sus palabras:

“Tú que habitas al amparo del Altísimo,/ que vives a la sombra del Omnipotente,/ di al Señor: “refugio mío, alcázar mío,/ Dios mío confío en ti”“ (Sal 90(91), 1-2).

Así dice el hombre, y Dios responde:

“Se puso junto a mí: lo libraré;/ lo protegeré porque conoce mi nombre,/ me invocará y lo escucharé./ Con él estaré en la tribulación,/ lo defenderé, lo glorificaré” (Sal 90(91), 14-15).

Las lecturas de la liturgia de hoy parecen decir: si no quieres ceder a las tentaciones, si no quieres dejarte guiar por ellas hacia caminos extraviados, ¡Sé hombre de oración! Ten confianza en Dios, y manifiéstala con la oración.

– Mirar a la eternidad

Y aún nos dice más la liturgia cuaresmal de hoy: ¡Sé hombre de fe profunda y viva!

Escuchad las palabras de la carta de San Pablo a los Romanos: “Entonces, ¿qué dice? Cerca de ti está la palabra: la tienes en tu boca y en tu corazón, es decir, la palabra de la fe que nosotros proclamamos. Porque, si confiesas con tu boca que Jesús es Señor y crees en tu corazón que Dios le resucitó de entre los muertos, te salvarás. Por la fe del corazón llegamos a la justicia, y por la profesión de los labios, a la salvación” (Rm 10,8-10).

Por lo tanto, ¡Sé hombre de fe! Sobre todo, ahora, en el tiempo de Cuaresma, renueva tu fe en Jesucristo: crucificado y resucitado.

¡Medita la enseñanza de la fe! ¡Medita sus verdades divinas!

Y principalmente: penetra con la fe tu corazón y tu vida (“Por la fe del corazón llegamos a la justicia”).

Profesa esta fe con la mente y con el corazón; con la palabra y con las obras: (“por la profesión de los labios llegamos a la salvación”).

“No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios” (Mt 4,4).

Efectivamente, debemos orar cada día por el pan cotidiano. Pero, al mismo tiempo, debemos vivir para la eternidad.

Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva

Empieza la Cuaresma con la imposición de la ceniza el pasado Miércoles y con una enérgica llamada por parte de la Iglesia a la preparación de la Pascua que se avecina y a la definitiva en el Cielo. En esta espera que es nuestra vida terrena, seremos conducidos como Jesús al desierto. El Tentador aprovechará nuestra hambre de éxito y bienestar para sus engañosas ofertas. Como Jesús debemos responder que no sólo de eso vive el hombre.

Hay en nosotros impulsos perversos que el Diablo aprovecha para excitarlos: la comodidad, la sensualidad, la codicia, la envidia, que desata la lengua y vierte en los demás el veneno de la crítica, la agresividad y el deseo inmoderado de imponernos a los demás... Todo un elenco de malicia que dañan a quienes nos rodean y también a nosotros mismos.

Como suele decirse, sentir estas perversiones no debe desorientarnos o desanimarnos, lo que hemos de procurar, con la ayuda de Dios, es no consentirlas. Es más, las tentaciones desempeñan un importante papel en la madurez que el cristiano está llamado a alcanzar. “Nuestra vida, enseña S. Agustín, no puede verse libre de tentaciones; pues nuestro progreso se realiza por medio de la

tentación y nadie puede conocerse a sí mismo si no es tentado, ni puede ser coronado si no ha vencido, ni puede vencer si no ha luchado”. “Dichoso el varón que soporta la tentación porque, probado, recibirá la corona de la vida que el Señor prometió” (Sant 1,12).

En uno de sus Sermones, el Santo Cura de Ars decía: “Si preguntáis a ese parroquiano de la taberna si el demonio le tienta, os responderá que no, que nada le inquieta. Interrogad a esa joven vanidosa cuáles son sus luchas, y os contestará riendo que no sostiene ninguna, ignorando totalmente en qué consiste ser tentado. Ésta es la tentación más espantosa de todas: no ser tentado; este es el estado de aquellos que el demonio guarda para el infierno. Me atreveré a deciros que se guarda bien de tentarlos ni atormentarlos acerca de su vida pasada, temiendo no abran los ojos ante sus pecados”. Aunque Dios no deja de inquietar la conciencia de sus criaturas, entendemos bien lo que el santo de Ars quiere decir.

Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica

La tentación y la victoria de Cristo

I. LA PALABRA DE DIOS

Dt 26, 4-10: Profesión de fe del pueblo escogido

Sal 90, 1-2.10-11.12-13.14-15: Acompáñame, Señor, en la tribulación

Rm 10, 8-13: Profesión de fe del que cree en Jesucristo

Lc 4, 1-13: El Espíritu le iba llevando por el desierto, mientras era tentado

II. LA FE DE LA IGLESIA

«La Iglesia se une todos los años, durante los cuarenta días de Cuaresma, al Misterio de Jesús en el desierto» (540).

«... el mal no es una abstracción, sino que designa una persona, Satanás, el Maligno, el ángel que se opone a Dios. El “diablo” [“dia-bolos”] es aquel que se atraviesa en el designio de Dios y su obra de salvación cumplida en Cristo» (2851).

La lucha y la victoria contra el Tentador y las tentaciones «sólo son posibles con la oración. Por medio de su oración, Jesús es vencedor del Tentador, desde el principio... y en el último combate de su agonía... Cristo nos une a su combate y a su agonía. La vigilancia del corazón es recordada con insistencia en comunión con la suya... La vigilancia es “guarda del corazón”... El Espíritu Santo trata de despertarnos continuamente a esta vigilancia...» (2849).

III. TESTIMONIO CRISTIANO

«...El Hijo de Dios tiene el designio de hacer participar y de extender y continuar sus misterios en nosotros y en toda su Iglesia, por las gracias que Él quiere comunicarnos y por los efectos que quiere obrar en nosotros, gracias a estos Misterios...» (S. Juan Eudes) (521).

IV. SUGERENCIAS PARA EL ESTUDIO DE LA HOMILÍA

A. Apunte bíblico-litúrgico

La Cuaresma comienza siempre con el panorama yermo y atractivo, al mismo tiempo, del desierto (cf Os 1, 16), decisivo en la historia de la salvación, por el paso de Israel «durante cuarenta

años». Oscuro en la perícopa evangélica por el Tentador. Pero luminoso, pascual, por la victoria de Cristo.

Después del Bautismo de Cristo e inmediatamente antes de las tentaciones, S. Lucas coloca la genealogía de Jesús, que arranca en Adán, el hombre que viene de las manos de Dios (cf 3, 23-38). En el bautismo, Jesús es presentado por el Padre como «mi Hijo querido», sobre el que ha descendido en plenitud el Espíritu Santo de Dios. Por una parte, Jesús pertenece a la raza de Adán (genealogía), a la raza humana. Por eso, como todo hombre, desde el primero, será tentado. Por otra parte, como el Hijo del Padre, lleno del Espíritu Santo de Dios, vencerá la tentación, allí donde sucumbieron el primer hombre y sus hijos. Comienza, pues, con Jesús una nueva humanidad.

B. Contenidos del Catecismo de la Iglesia Católica

La fe:

Las tentaciones y la victoria de Jesús sustentan nuestra respuesta: 538-540. Meditación sobre la situación del hombre, débil e inclinado al mal, pero «no lo abandonaste al poder de la muerte»: 402-412 (también 1707; puede completarse con el paradigma del primer pecado, 385-401).

La respuesta:

«No nos dejes caer en la tentación»: 2846-2849.

«Y líbranos del mal» [«del Malo»]: 2850-2854.

La lucha y la victoria contra los malos deseos del corazón: 2514-2519; 2534-2543.

C. Otras sugerencias

Si no hay «ejercicio cuaresmal», no hay renovación pascual.

El bautizado vive el misterio de la tentación de Jesús en la celebración litúrgica y en las tentaciones que padece. Así, anticipa con Jesús la victoria pascual.

HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)

Las tentaciones de Jesús

– El Señor permite que seamos tentados para que crezcamos en las virtudes.

I. La Cuaresma conmemora los cuarenta días que pasó Jesús en el desierto, como preparación de esos años de predicación, que culminan en la Cruz y en la gloria de la Pascua. Cuarenta días de oración y de penitencia. Al terminar, tuvo lugar la escena que la liturgia de hoy ofrece a nuestra consideración, recogéndola en el Evangelio de la Misa: las tentaciones de Cristo (Cfr. Mt 4, 1-11).

Una escena llena de misterio, que el hombre pretende en vano entender –Dios que se somete a la tentación, que deja hacer al Maligno–, pero que puede ser meditada, pidiendo al Señor que nos haga saber la enseñanza que contiene¹.

Es la primera vez que interviene el diablo en la vida de Jesús, y lo hace abiertamente. Pone a prueba a Nuestro Señor; quizá quiere averiguar si ha llegado ya la hora del Mesías. Jesús se lo permitió para darnos ejemplo de humildad y para enseñarnos a vencer las tentaciones que vamos a

¹ SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Es Cristo que pasa*, 61

sufrir a lo largo de nuestra vida: “como el Señor todo lo hacía para nuestra enseñanza –dice San Juan Crisóstomo–, quiso también ser conducido al desierto y trabar allí combate con el demonio, a fin de que los bautizados, si después del bautismo sufren mayores tentaciones, no se turben por eso, como si no fuera de esperar”². Si no contáramos con las tentaciones que hemos de padecer abriríamos la puerta a un gran enemigo: el desaliento y la tristeza.

Quería Jesús enseñarnos con su ejemplo que nadie debe creerse exento de padecer cualquier prueba. “Las tentaciones de Nuestro Señor son también las tentaciones de sus servidores de un modo individual. Pero su escala, naturalmente, es diferente: el demonio no va a ofreceros a vosotros ni a mí –dice Knox– todos los reinos del mundo. Conoce el mercado y, como buen vendedor, ofrece exactamente lo que calcula que el comprador tomará. Supongo que pensará, con bastante razón, que la mayor parte de nosotros podemos ser comprados por cinco mil libras al año, y una gran parte de nosotros por mucho menos. Tampoco nos ofrece sus condiciones de modo tan abierto, sino que sus ofertas vienen envueltas en toda especie de formas plausibles. Pero si ve la oportunidad no tarda mucho en señalarnos a vosotros y a mí cómo podemos conseguir aquello que queremos si aceptamos ser infieles a nosotros mismos y, en muchas ocasiones, si aceptamos ser infieles a nuestra fe católica”³.

El Señor, como se nos recuerda en el Prefacio de la Misa de hoy, nos enseña con su actuación cómo hemos de vencer las tentaciones y además quiere que saquemos provecho de las pruebas por las que vamos a pasar. Él “permite la tentación y se sirve de ella providencialmente para purificarte, para hacerte santo, para desligarte mejor de las cosas de la tierra, para llevarte a donde Él quiere y por donde Él quiere, para hacerte feliz en una vida que no sea cómoda, y para darte madurez, comprensión y eficacia en tu trabajo apostólico con las almas, y... sobre todo para hacerte humilde, muy humilde”⁴. *Bienaventurado el varón que soporta la tentación –dice el Apóstol Santiago– porque, probado, recibirá la corona de la vida que el Señor prometió a los que le aman*⁵.

– Las tentaciones de Jesús. El demonio nos prueba de modo parecido.

II. El demonio tienta aprovechando las necesidades y debilidades de la naturaleza humana.

El Señor, después de haber pasado cuarenta días y cuarenta noches ayunando, debe encontrarse muy débil, y siente hambre como cualquier hombre en sus mismas circunstancias. Este es el momento en que se acerca el tentador con la proposición de que convierta las piedras que allí había en el pan que tanto necesita y desea.

Y Jesús *no sólo rechaza el alimento que su cuerpo pedía, sino que aleja de sí una incitación mayor: la de usar del poder divino para remediar, si podemos hablar así, un problema personal (...).*

*Generosidad del Señor que se ha humillado, que ha aceptado en pleno la condición humana, que no se sirve de su poder de Dios para huir de las dificultades o del esfuerzo. Que nos enseña a ser recios, a amar el trabajo, a apreciar la nobleza humana y divina de saborear las consecuencias del entregamiento*⁶.

² SAN JUAN CRISOSTOMO, *Homilias sobre San Mateo*, 13, 1

³ R. A. KNOX, *Sermones pastorales*, p. 79

⁴ S. CANALS, *Ascética Meditada*, 14ª ed., Madrid 1980, p. 127

⁵ *Sant 1*, 12

⁶ SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *loc. cit.*

Nos enseña también este pasaje del Evangelio a estar particularmente atentos, con nosotros mismos y con aquellos a quienes tenemos una mayor obligación de ayudar, en esos momentos de debilidad, de cansancio, cuando se está pasando una mala temporada, porque el demonio quizá intensifique entonces la tentación para que nuestras vidas tomen otros derroteros ajenos a la voluntad de Dios.

En la segunda tentación, *el diablo lo llevó a la Ciudad Santa y lo puso sobre el pináculo del Templo. Y le dijo: Si eres Hijo de Dios, arrójate abajo. Pues escrito está: Dará órdenes acerca de ti a sus ángeles de que te lleven en sus manos, no sea que tropiece tu pie contra alguna piedra. Y le respondió Jesús: Escrito está también: No tentarás al Señor tu Dios.*

Era en apariencia una tentación capciosa: si te niegas, demostrarás que no confías en Dios plenamente; si aceptas, le obligas a enviar, en provecho personal, a sus ángeles para que te salven. El demonio no sabe que Jesús no tendría necesidad de ángel alguno.

Una proposición parecida, y con un texto casi idéntico, oirá el Señor ya al final de su vida terrena: *Si es el rey de Israel, que baje ahora de la cruz y creeremos en él*⁷.

Cristo se niega a hacer milagros inútiles, por vanidad y vanagloria. Nosotros hemos de estar atentos para rechazar, en nuestro orden de cosas, tentaciones parecidas: el deseo de quedar bien, que puede surgir hasta en lo más santo; también debemos estar alerta ante falsas argumentaciones que pretendan basarse en la Sagrada Escritura, y no pedir (mucho menos exigir) pruebas o señales extraordinarias para creer, pues el Señor nos da gracias y testimonios suficientes que nos indican el camino de la fe en medio de nuestra vida ordinaria.

En la última de las tentaciones, el demonio ofrece a Jesús toda la gloria y el poder terreno que un hombre puede ambicionar. *Le mostró todos los reinos del mundo y su gloria, y le dijo: –Todas estas cosas te daré si postrándote delante de mí, me adoras.* El Señor rechazó definitivamente al tentador.

El demonio promete siempre más de lo que puede dar. La felicidad está muy lejos de sus manos. Toda tentación es siempre un miserable engaño. Y para probarnos, el demonio cuenta con nuestras ambiciones. La peor de ellas es la de desear, a toda costa, la propia excelencia; el buscarnos a nosotros mismos sistemáticamente en las cosas que hacemos o proyectamos. Nuestro propio yo puede ser, en muchas ocasiones, el peor de los ídolos.

Tampoco podemos postrarnos ante las cosas materiales haciendo de ellas falsos dioses que nos esclavizarían. Los bienes materiales dejan de ser bienes si nos separan de Dios y de nuestros hermanos los hombres.

Tendremos que vigilar, en lucha constante, porque permanece en nosotros la tendencia a desear la gloria humana, a pesar de haberle dicho muchas veces al Señor que no queremos otra gloria que la suya. También a nosotros se dirige Jesús: *Adorarás al Señor Dios tuyo; y a Él solo servirás.* Y eso es lo que deseamos y pedimos: servir a Dios en la vocación a la que nos ha llamado.

– El Señor está siempre a nuestro lado. Armas para vencer.

III. El Señor está siempre a nuestro lado, en cada tentación, y nos dice *Confiad: Yo he vencido al mundo*⁸. Y nosotros nos apoyamos en Él, porque, si no lo hiciéramos, poco

⁷ Mt 27, 42

⁸ Jn 16, 33

conseguiríamos solos: *Todo lo puedo en Aquel que me conforta*⁹. *El Señor es mi luz y mi salvación, ¿a quién temeré?*¹⁰.

Podemos prevenir la tentación con la mortificación constante en el trabajo, al vivir la caridad, en la guarda de los sentidos internos y externos. Y junto a la mortificación, la oración: *Velad y orad para no caer en la tentación*¹¹. También debemos prevenirla huyendo de las ocasiones de pecar, por pequeñas que sean, pues *el que ama el peligro perecerá en él*¹², y teniendo el tiempo bien ocupado, principalmente cumpliendo bien nuestros deberes profesionales, familiares y sociales.

Para combatir la tentación “habremos de repetir muchas veces y con confianza la petición del padrenuestro: *no nos dejes caer en la tentación*, concédenos la fuerza de permanecer fuertes en ella. Ya que el mismo Señor pone en nuestros labios tal plegaria, bien estará que la repitamos continuamente.

“Combatimos la tentación manifestándosela abiertamente al director espiritual, pues el manifestarla es ya casi vencerla. El que revela sus propias tentaciones al director espiritual puede estar seguro de que Dios otorga a éste la gracia necesaria para dirigirle bien”¹³.

Contamos siempre con la gracia de Dios para vencer cualquier tentación. “Pero no olvides, amigo mío, que necesitas de armas para vencer en esta batalla espiritual. Y que tus armas han de ser éstas: oración continua; sinceridad y franqueza con tu director espiritual; la Santísima Eucaristía y el Sacramento de la Penitencia; un generoso espíritu de cristiana mortificación que te llevará a huir de las ocasiones y evitar el ocio; la humildad del corazón, y una tierna y filial devoción a la Santísima Virgen: *Consolatrix afflictorum et Refugium peccatorum*, consuelo de los afligidos y refugio de los pecadores. Vuélvete siempre a Ella confiadamente y dile: *Mater mea, fiducia mea; ¡Madre mía, confianza mía!*”¹⁴.

P. Josep LAPLANA OSB Monje de Montserrat (Barcelona, España) (www.evangelii.net)

Era conducido por el Espíritu en el desierto, durante cuarenta días, tentado por el diablo

Hoy, Jesús, «lleno de Espíritu Santo» (Lc 4,1), se adentra en el desierto, lejos de los hombres, para experimentar de forma inmediata y sensible su dependencia absoluta del Padre. Jesús se siente agredido por el hambre y este momento de desfallecimiento es aprovechado por el Maligno, que lo tienta con la intención de destruir el núcleo mismo de la identidad de Jesús como Hijo de Dios: su adhesión sustancial e incondicional al Padre. Con los ojos puestos en Cristo, vencedor del mal, los cristianos hoy nos sentimos estimulados a adentrarnos en el camino de la Cuaresma. Nos empuja a ello el deseo de autenticidad: ser plenamente aquello que somos, discípulos de Jesús y, con Él, hijos de Dios. Por esto queremos profundizar en nuestra adhesión honda a Jesucristo y a su programa de vida que es el Evangelio: «No sólo de pan vive el hombre» (Lc 4,4).

Como Jesús en el desierto, armados con la sabiduría de la Escritura, nos sentimos llamados a proclamar en nuestro mundo consumista que el hombre está diseñado a escala divina y que sólo

⁹ Flp 4, 13

¹⁰ Sal 26, 1

¹¹ Mt 26, 41

¹² Eccl 3, 27

¹³ B. BAUR, *En la intimidad con Dios*, Herder. Barcelona 1975, 10ª ed., p. 121

¹⁴ S. CANALS, *o. c.*, p. 128.

puede colmar su hambre de felicidad cuando abre de par en par las puertas de su vida a Jesucristo Redentor del hombre. Esto comporta vencer multitud de tentaciones que quieren empequeñecer nuestra vocación humano-divina. Con el ejemplo y con la fuerza de Jesús tentado en el desierto, desenmascaremos las muchas mentiras sobre el hombre que nos son dichas sistemáticamente desde los medios de comunicación social y desde el medio ambiente pagano donde vivimos.

San Benito dedica el capítulo 49 de su Regla a “La observancia cuaresmal” y exhorta a «borrar en estos días santos las negligencias de otros tiempos (...), dándonos a la oración con lágrimas, a la lectura, a la compunción del corazón y a la abstinencia (...), a ofrecer a Dios alguna cosa por propia voluntad con el fin de dar gozo al Espíritu Santo (...) y a esperar con deseo espiritual la Santa Pascua».
